



El joven de carácter



El joven de carácter

Mons. Thihámer Tóth

Autor: Mons. Thihámer Tóth, obispo de Vezprém (Hungria).

Traducido del original húngaro por el
Dr. Antonio Nebot, Magistral de Mallorca (España).

Resumen adaptado por Alberto Zuñiga Croxatto.

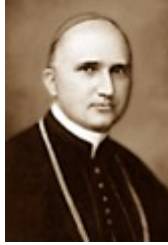
Lima, 2008

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
AL JOVEN LECTOR.....	6
CAPÍTULO I.....	7
¿QUIÉN ES EL JOVEN DE CARÁCTER?.....	7
<i>Régulo en Cartago.....</i>	<i>7</i>
<i>¿Qué es el carácter?</i>	<i>9</i>
<i>Esculpir mi alma.....</i>	<i>11</i>
<i>Sin traicionar mis ideales.....</i>	<i>12</i>
<i>La fuerza de un gran objetivo.....</i>	<i>13</i>
<i>Antes piénsalo.....</i>	<i>14</i>
<i>La libertad.....</i>	<i>15</i>
<i>El cuerpo al servicio de la persona.....</i>	<i>16</i>
<i>Magnánimos en lo cotidiano.....</i>	<i>16</i>
<i>«Pero ¡qué egoísta eres!».....</i>	<i>17</i>
<i>¿Sabes decir «NO»?.....</i>	<i>18</i>
<i>El dominio de sí mismo.....</i>	<i>21</i>
<i>Contra corriente.....</i>	<i>21</i>
<i>La prueba de la mayoría.....</i>	<i>23</i>
CAPÍTULO II.....	24
OBSTÁCULOS EN LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER.....	24
<i>La mala hierba.....</i>	<i>25</i>
<i>El combate del alma.....</i>	<i>25</i>
<i>Y ¿sin sacrificio?.....</i>	<i>26</i>
<i>«Yo soy así».....</i>	<i>27</i>
<i>Quien se levanta de mal talante.....</i>	<i>28</i>
<i>No tengo suerte.....</i>	<i>29</i>
<i>«Lo he intentado... pero en vano».....</i>	<i>29</i>
<i>Querer mucho.....</i>	<i>30</i>
<i>¡Fuera los Alpes!.....</i>	<i>31</i>
<i>Supo querer.....</i>	<i>31</i>
<i>Los trece de la fama.....</i>	<i>32</i>
<i>El peligro del éxito.....</i>	<i>34</i>
<i>El demonio del dinero.....</i>	<i>35</i>
<i>¿Cómo se cazan los monos?.....</i>	<i>36</i>
<i>¿Quién es el más rico?.....</i>	<i>37</i>
<i>La alegría del trabajo.....</i>	<i>38</i>

<i>Trabajar, no aparentar</i>	38
<i>La debilidad del activismo</i>	39
<i>El caracol y la liebre</i>	41
<i>Educación de la voluntad</i>	43
CAPÍTULO III	46
MEDIOS PARA FORMAR EL CARÁCTER	46
<i>Quiérello</i>	46
<i>Quién no tiene voluntad disciplinada</i>	48
<i>Demóstenes</i>	49
<i>Absténate</i>	51
<i>Ejercítate</i>	52
<i>El gallo del pintor japonés</i>	55
<i>Sé constante</i>	57
<i>Saber sufrir con esperanza</i>	58
<i>Fieles a la verdad</i>	60
<i>¿Vale la pena mentir?</i>	61
<i>El hombre de palabra</i>	61
<i>Sé sincero contigo mismo</i>	63
<i>Los pequeños hilitos y Gulliver</i>	64
<i>El cerrojo roto</i>	66
<i>El espíritu observador</i>	67
<i>Pon entusiasmo en tu trabajo</i>	68
<i>Hazlo bien</i>	70
<i>Hoy no estoy de buen humor</i>	71
<i>Hazte un plan</i>	71
<i>Sé puntual</i>	72
<i>Descanso, no ocio</i>	74
<i>¿Qué es lo más difícil en el mundo?</i>	75
<i>Al final del día</i>	77
<i>Descubrir la raíz</i>	79
<i>A los pies del Señor</i>	81
<i>«Gaudeamus igitur»</i>	82

PRÓLOGO



Monseñor Tihamer Tóth, teólogo, obispo y escritor católico. Nació en Szolnok, Hungría, el 14 de enero de 1889. A pesar del ambiente liberal de fines de siglo, en el hogar de los Toth reinaba el más puro espíritu cristiano.

Fue ordenado sacerdote y designado capellán del ejército austro-húngaro en la primera guerra mundial. En 1924 fue profesor de la Universidad de Pazmany, en 1931 director del seminario de Budapest, en 1938 fue nombrado obispo de Veszprém y a los pocos meses enfermó de encefalitis y recibió el Santo Viático con el ánimo alegre y sosegado. Uno de sus últimos consuelos fue ver junto a su lecho al Nuncio del recién Pío XII, quien le traía bendición papal. En 1939 falleció en su ciudad episcopal a la edad de 50 años. Hungría y el mundo lloraron la muerte del virtuoso obispo y fecundo escritor. En 1943 se introdujo el proceso de su beatificación. Entre sus obras destacan *El joven de carácter*, *El joven y Cristo*, *Energía y pureza*, *Se sobrio*, *Los diez mandamientos*, *Cristo Rey*, *Creo en Jesucristo: el Mesías*; *Creo en Jesucristo: el Redentor*, *El matrimonio cristiano*, *Creo en Dios*, *Creo en la vida perdurable*, *Creo en la Iglesia*, *Eucaristía*, *Padre nuestro*, *Venga a nos el tu reino*, *Prensa y cátedra*, *Verdad y caridad* y *Formación religiosa para los jóvenes*. Se conocen 23 obras suyas y traducciones a más de 16 idiomas.

El obispo de Veszprém no sólo fue un escritor profundo y brillante –de ello dan fe las numerosas ediciones de sus libros–, sino un insigne educador.

EL EDITOR.

AL JOVEN LECTOR

Al inaugurarse un nuevo curso comienzan las visitas de los muchachos a mi despacho. Los nuevos llaman a mi puerta con recelo, los ya conocidos con confianza. Se sientan junto a mi mesa, y en la soledad de mi cuarto silencioso me abren su alma joven. Al exponerme sus penas, sus preocupaciones y problemas, y al pedirme después consejo, —¿qué he de hacer?— he caído en la cuenta que cada joven es una mina de diamantes inagotable, un caudal lleno de promesas. Ayudarles en su formación me resulta no sólo un deber, sino un orgullo. Porque no hay misión más sublime en la vida que dar a beber de la fuente eterna de la verdad a las almas sedientas. No existe nada más grato a Dios que librar de la perdición a un joven, llamado a ser templo vivo de Dios.

Quienes no tratan a la juventud, no sospechan siquiera cuántas dudas, tormentos y tropiezos —quizá hasta la caída definitiva— puede experimentar la efervescencia sus almas, y cuánto necesitan sentir esas frágiles navecillas, en las tempestades de la primavera de la vida, una mano vigorosa que empuñe el timón en la dirección adecuada.

Y cuando en estas ocasiones he querido infundiros fuerza para la lucha, apaciguar vuestra alma alborotada o, bien, resolver vuestras dudas, me ha parecido que no sólo estaba sentado ante mí uno de mis estudiantes jóvenes, sino miles y miles de jóvenes, todos aquellos que están luchando con idénticos problemas, que no tienen a nadie quizá a quien pedir consejo.

Así nació este libro. Así es como me vino la idea de redactarlo.

No sé cómo te llamas. No sé que colegio, instituto o universidad frecuentas. Tan sólo sé una cosa: que eres estudiante, que en tu alma llevas el porvenir de la humanidad y que tienes problemas serios; y resolver tus dudas es mi obligación. Y antes de que lo leas debes saber que todas las líneas de este libro me fueron dictadas por el amor que profeso a los jóvenes y por el deseo de animarlos con nobles ideales. Te saluda, aun sin conocerte, y es tuyo,

EL AUTOR

Capítulo I

¿Quién es el joven de carácter?

Régulo en Cartago

Cartago envió una embajada a Roma para pedir la paz. Se confió la legación al romano Régulo, que estaba preso, y se le exigió el juramento de volver a la cautividad si la misión no alcanzaba éxito. Puedes imaginarte la emoción de su alma al ver de nuevo a su amada Roma. Y habría podido quedarse allí, en su patria, definitivamente, caso de conseguir la paz.

¿Sabes qué hizo?

Fue él precisamente quién abogó con más ardor por la continuación de la guerra; y cuando el senado le alentaba a quedarse, dando por motivo que el juramento arrancado a viva fuerza no obliga, contestó:

«¿Tan empeñados estáis en que me degrade? Bien sé que me esperan torturas y muerte al volver. Pero, ¡qué cosa más baladí es todo esto en parangón con la vergüenza de una acción infame, con las heridas de un alma culpable! Quiero conservar en su pureza el carácter romano, aun siendo prisionero de los cartagineses. He jurado volver. Cumpliré mi deber.»

Volvió a Cartago y los cartagineses, en medio de grandes tormentos, le dieron muerte.

Así era el recio carácter romano.

¿Tan empeñados
estáis en que me
degrade?...
Cumpliré con mi
deber.



Pero, ¿qué es el carácter?

El carácter no es un apellido de alta alcurnia que se hereda sin trabajo.

El carácter es el resultado de la lucha ardua, de la autoeducación, de la abnegación.

En la primavera de la vida, todo joven se pregunta: «Vida ¿Qué me darás? ¿Qué es lo que me espera?» Y la vida le devuelve la pregunta, como la tierra al campesino: «Depende de lo que tú me des. Recibirás tanto cuanto trabajos, y cosecharás conforme hayas sembrado.»

Tal vez no comprendas ahora del completo lo que significa la palabra «carácter». Piensa para empezar, que la escuela actual tiene un gran defecto porque pone mucho empeño en formar la inteligencia de los jóvenes y olvida demasiado la formación del carácter, es decir, forjar la voluntad y la coherencia del joven. De ahí la triste realidad de que en la sociedad abundan más las cabezas instruidas que las voluntades de acero, que haya más ciencia que carácter.

Hoy día, la falta aterradora de voluntad y de coherencia es el origen de muchos vicios, de los desordenes más trágicos de la humanidad. Hoy, el no tener carácter pasa, en el sentir de muchos, como virtud de prudente adaptación a las circunstancias, y la falta de coherencia con los propios principios se denomina «astucia», y el perseguir el interés individual se llama interés por el bien común. Por eso se prima tanto la comodidad y el goce sobre la honradez.

Y es que el carácter no es un «premio gordo» que se pueda conseguir sin méritos y sin trabajo, sino el resultado de una lucha ardua, forjada a base de autoeducación, de abnegación, de una batalla espiritual sostenida con firmeza. Y esta batalla ha de librarla cada uno por sí solo. Nadie lo hará por ti. ¡Anímate! El día en que ganes esta batalla, entonces se te escapará un grito de entusiasmo, como el que se le escapó a Haydin, el gran compositor, cuando oyó su obra titulada Creación: «Dios mío y ¿soy yo el autor de esta obra.»

Este libro, por tanto, quiere formar «jóvenes de carácter», jóvenes que piensen de esta manera: «Una responsabilidad inmensa pesa sobre mí. Mi vida tiene un objetivo que cumplir. En mi alma está en proyecto mi porvenir en esta vida terrena y en la eterna; he de procurar de llevar a término este proyecto de Dios para ser feliz aquí abajo y poder gozar con Él para siempre en el cielo.»

**Una responsabilidad
inmensa pesa sobre
mí. Mi vida tiene un
objetivo que cumplir.**



No se puede pedir que todos los hombres sean ricos; ni que todos sean sabios; tampoco que todos sean célebres; pero sí, de todos podemos exigir, que tengan carácter.

Por este motivo, este libro quiere educar jóvenes cuyo carácter sea íntegro, cuyos principios de vida sean firmes y justos, cuya voluntad no se detenga ante las dificultades; jóvenes cuya alma y cuyo cuerpo sean fuertes como el acero, rectos como la verdad y sinceros y claros como la luz del sol.

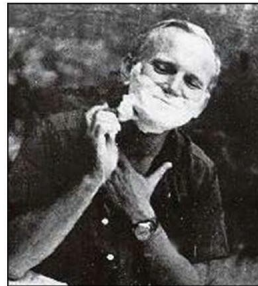
Tener carácter no es fácil. Requiere esfuerzo, pero sólo así se llega a una vida digna del hombre. El valor real de un hombre no depende de la fuerza del entendimiento sino de su voluntad. Quien esté desprovisto de ésta poco hará de provecho, a pesar de que posea grandes dotes individuales. Y los ejemplos abundan, es lamentable comprobar la existencia de personas muy inteligentes pero sin carácter.

Verás por propia experiencia que el camino del carácter no es un camino llano. Al andarlo, sentirás muchas veces qué voluntad más robusta se requiere para guerrear de continuo contra tus propias faltas, pequeñas y grandes, y para no hacer paces nunca con ellas.

¿Qué es el carácter?

¿Qué pensamos cuando decimos de alguien que es un joven de carácter? Con la palabra carácter entendemos la adaptación de la voluntad del hombre en una dirección justa; y joven de carácter es aquel que tiene principios nobles y permanece firme en ellos, aun cuando esta perseverancia fiel le exija sacrificios.

Joven de carácter es aquel que tiene principios e ideales nobles, y permanece firme en ellos, aun cuando le exija sacrificios.



En cambio, es de carácter inestable, de poca garantía, débil o en último término, hombre sin carácter quien, contra la voz de la propia conciencia, cambia sus principios según las circunstancias, según los amigos, etc., y hace traición a sus ideales desde el momento en que por ellos tenga que sufrir lo más mínimo.

Con esto ya puedes ir vislumbrando en qué consiste la educación del carácter. Primero tendrás que adquirir ideales y principios; después, tendrás que acostumbrarte a su ejercicio continuo, a obrar según tus nobles ideales en cualquier circunstancia de la vida. La vida del hombre sin principios

sólidos está toda ella expuesta a continuas sacudidas y es como la caña azotada por la tempestad. Hoy obra de un modo, mañana se deja llevar por otro parecer. Antes de todo, pues, pongamos principios firmes en nuestro interior; después, adquiramos la fuerza requerida para seguir siempre lo que consideramos justo y recto.

¿Cuál es, por ejemplo, uno de principios en el estudio? «He de estudiar con diligencia constante, porque he de desarrollar, según la voluntad de Dios, las dotes que me fueron dadas?» ¿Cuál es el principio justo respecto a mis compañeros? «Lo que deseo que me hagan a mí he de hacerlo yo también a los otros.» Y así sucesivamente. En todo has de tener principios rectos y justos.

El segundo deber, ya más difícil, es seguir estos principios justos; es decir, forjar tu carácter. Y éste, cómo hemos dicho no se da gratis, sino que hemos de alcanzarlo mediante una lucha tenaz, de años y decenas de años. El ambiente, cualidades heredadas, buenas o malas, pueden ejercer influencia sobre tu carácter; pero, en resumidas cuentas, el carácter será obra personal tuya, el resultado de tu trabajo formativo.

¿Sabes en qué consiste la educación? En inclinar la voluntad del hombre de suerte que en cualquier circunstancia se decida a seguir sin titubeos y con alegría el bien.

¿Sabes que es el carácter? Un modo de obrar siempre consecuente con los principios firmes que se tienen. Implica, por tanto, constancia de la voluntad para alcanzar el ideal reconocido como verdadero; es decir, perseverancia en plasmar ese noble concepto de la vida.

**Carácter es el modo
de obrar siempre
siendo consecuente
con los rectos
principios.**



Lo que resulta difícil no es tanto formular estos rectos principios firmes para la vida, lo cual se consigue con relativa facilidad, sino el persistir en ellos a través de todos los obstáculos. «Es uno de mis principios y me mantengo en él, cueste lo que cueste.» Y como esa firmeza exige tantos sacrificios, por eso hay tan pocos hombres de carácter entre nosotros.

No ser veleta, no empezar a cada momento algo nuevo; fijarse el objetivo y perseguirlo hasta el fin. Guardar siempre fidelidad a los propios principios, perseverar siempre en la verdad... ¿Quién no se entusiasma con tales pensamientos? ¡Si no costase tanto llevarlo a la práctica! ¡Si no se esfumasen

con tanta facilidad bajo la influencia contraria de los amigos, de la moda, del ambiente y de mi propio «yo», egoísta y comodón!

Esculpir mi alma

Esculpir en tu propia alma la imagen sublime que Dios concibió al formarte es la noble labor a la que damos el nombre de autoformación. Trabajo personal, ningún otro puede hacerlo en tu lugar. Has de ser tú quien desees ser noble, fuerte, limpio de alma. Has de conocerte bien, descubrir las malas hierbas que hay en ella, y qué es lo que le falta. El éxito ha lo obtendrás a costa de muchos esfuerzos, abnegaciones y victorias alcanzadas sobre ti mismo, a base de negarte a menudo cosas deleitosas, de hacer muchas veces lo que no te apetece, de no quejarte, y seguir intentándolo.

Tu carácter y el curso que des a toda tu vida dependen de pequeñas acciones mediante las cuales vas entretejiendo la suerte de tu vida. Siembra un pensamiento y cosecharás el deseo; siembra un deseo y recogerás la acción; siembra la acción y recogerás la costumbre; siembra la costumbre y recogerás el carácter; siembra el carácter y tendrás por cosecha tu propia suerte.

No pierdas jamás la ocasión de hacer una obra buena, y si esta obra estuviere en pugna algunas veces con tu provecho y deseo momentáneos, acostumbra tu voluntad a vencerlos... Así alcanzarás un carácter con que puedas un día hacer algo grande.

**No pierdas jamás
la ocasión de hacer
una obra buena,
aunque te tengas
que vencer...**



Altísima escuela de carácter, la más sublime que pueda haber, es la que nos hace exclamar con sentimiento sincero: «Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22, 42). Has de educar, por tanto, tu voluntad para que se compenetre con la voluntad de Dios. Lograrás la más valiosa autoeducación si tras tus acciones puedes contestar afirmativamente a la pregunta: «Señor, ¿ha sido de veras tu voluntad lo que he hecho? ¿Lo querías Tú de esta manera?»

Y esta educación del carácter has de empezarla ahora. En la edad madura es mucho más difícil. Quien llega sin carácter firme al ajetreo del mundo, es fácil que pierda hasta lo poco que haya podido tener.

Sin traicionar mis ideales

Ahora ya sabes de quién decimos: es un joven de carácter. Lo decimos de aquel que tiene principios, ideales nobles y sabe ejecutarlos y permanecer firme en ellos. Permanecer firme aun cuando todos los que le rodean sean cobardes y sin carácter. Permanecer firme a pesar de millares y millares de ejemplos adversos. ¡Permanecer firme en los principios, sean cuales fueren las circunstancias! Sólo Dios sabe cuán terriblemente difícil es esto a veces.

Cuando en un grupo de jóvenes se ridiculiza con burla la verdad, la doctrina católica o la Iglesia, levantar entonces la palabra sin espíritu de ofender, pero con valentía, descubriendo los errores y falsos argumentos, es algo que requiere un gran carácter, y cierto heroísmo.

Cuando la risa despreocupada de tus compañeros te invita a dejar el estudio ingrato de tu lección de matemáticas, permanecer en estas ocasiones impertérrito fiel al deber, es propio de todo un carácter.

En las sangrientas persecuciones de los primeros siglos cristianos apresaron a un campesino sencillo y le pusieron ante una estatua de Júpiter... «Echa incienso en el fuego y sacrifica a nuestro dios.» «¡No lo hago!», contesta con calma Barlaam. Empiezan a torturarlo. En vano. Entonces extienden a viva fuerza su brazo para que la mano esté justamente encima de las llamas, y le ponen incienso en la palma. «¡Deja caer el incienso y serás libre!» ¡No lo hago!», repite Barlaam. Y allí está en pie, inmovible, con el brazo extendido... La llama del fuego va subiendo, ya está lamiendo la palma de la mano, ya empieza a humear el incienso...; pero el hombre sigue impertérrito. El fuego consumió su mano, y así se quemó el incienso, pero el corazón del mártir Barlaam no fue perjuro a su Dios.

¡Qué pocos son, por desgracia, los que en nuestros días tienen este carácter de mártir!

Los grandes pensadores del paganismo descubrieron la gran verdad de que un hombre puede ser una celebridad por su inteligencia, riqueza, dotes artísticos o deportivos; pero si no tiene carácter, nada vale. Mira qué elevados pensamientos aparecen en las obras de Epiceto (Gnomologium Epicteti), un esclavo pagano:

«Al hombre justo y firme en sus propósitos, aunque el mundo resquebrajado caiga, lo encontrarán impávido en las ruinas. No te preocupes de satisfacer las necesidades de tu estómago, sino las de tu alma. Antes morir que vivir con mala moralidad. Quien es libre según el cuerpo, pero tiene atada su alma, es esclavo; quien está exento de mal en el alma, es hombre libre, aunque tenga el cuerpo encadenado. Es de más provecho para el Estado si en moradas pequeñas viven almas grandes, que si en palacios viven hombres de un alma esclava. Tu alma es la irradiación de la divinidad; eres su hijo; por tanto, tenla en gran estima. ¿No sabes que llevas a Dios en tu persona? Nuestro fin es obedecer a Dios para que de esta suerte nos hagamos semejantes a Él. El alma es como una ciudad sitiada; detrás de sus muros resistentes vigilan los defensores. Si los cimientos son fuertes, la fortaleza no tendrá que capitular. Si quieres ser bueno, antes has de crear

que eres malo. Absténte del mal y no condesciendas jamás con tus malas inclinaciones. En todas tus obras, grandes o pequeñas, mira a Dios. Enseña a los hombres que la felicidad no está donde ellos, en su ceguera y miseria, la buscan. La felicidad no está en la fuerza, porque Muyo y Ofelio no eran felices; no está en el poder, porque los cónsules no tenían dicha; ni en el conjunto de estas cosas, porque Nerón, Sardápalo y Agamenón hubieron de gemir, llorar, mesar sus cabellos, y fueron los esclavos de las circunstancias, los prisioneros del parecer. La felicidad está en ti, en la libertad verdadera, en el absoluto dominio de ti mismo, en la posesión de la satisfacción y la paz...»

**En todas tus
obras, grandes o
pequeñas, mira
a Dios**



La fuerza de un gran objetivo

Fijate algún ideal grande y elevado para tu vida, no te contentes con ser un mediocre. Después no te apartes nunca de él y aplica todas tus fuerzas a conseguirlo, aunque tardes años en alcanzarlo. Incluso hasta podría darse el caso de que nunca lo alcanzaras. Pero no importa, nos acercamos al fin. Quien se propone con todas sus energías conseguir un objetivo elevado descubrirá en sí, día tras día, nuevas fuerzas, cuya existencia ni siquiera sospechaba.

Las privaciones increíbles de las guerras nos han demostrado cuanto puede soportar el cuerpo humano; así también si te lanzas con todas tus fuerzas hacia tu ideal, sólo entonces podrás ver de cuánto es capaz el alma humana con una voluntad firme.

Podrías fijarte, por ejemplo, como meta librarte cueste lo que cueste de tu peor defecto, raíz de todos los demás. O bien, si en el curso pasado sacaste sólo aprobados, en el año que viene propónte sacar notables en todo, por mucho trabajo que pudiera costarte. O también resuelve aprender inglés, y a esto dedicarás media hora cada día; pero sin dejar de estudiarlo ni un solo día. Y así sucesivamente.

Pero además de estos fines inmediatos me gustaría que te fijaras un objetivo más lejano. Te ayudará a animarte leer frases como estas: «Donde millones de hombres se arredraron, allí empieza tú a trabajar. En las cumbres aún hay sitio para los esforzados. Los mayores cimas del mundo están aún por conquistarse.»

Fíjate algún ideal grande y elevado para tu vida, no te contentes con ser un mediocre.



Si tus anhelos se lanzan siempre como el águila a un fin elevado, los alcanzará con más facilidad que si, a modo de golondrina, no hace sino rozar de continuo la tierra. Además, piensa que hay jóvenes que se degradaron moralmente porque no supieron fijar a su vida un gran ideal, una cumbre elevada que conquistar.

Acepta el reto que Dale Carnegie propone a los jóvenes: «Mi puesto está en la cumbre.» Pero sólo se alcanza por el trabajo duro y el cumplimiento del deber.

Hay quien se justifica diciendo que él quiere se conforma con ser «humilde», «resignado», «modesto». Confunden la cobardía con la virtud y la pereza con la humildad. La verdadera humildad hace decir al hombre: «Nada soy, nada puedo por mi propia fuerza, pero si Dios me ayuda no hay en el mundo cosa que no pueda hacer. Repite, pues, con frecuencia: «Dios mío, Dios mío! Nada soy y lo que soy es completamente tuyo. Confío en tu ayuda que no me ha de faltar.» Reza esta oración muchas veces y verás qué fuerza espiritual tan viva brota de tan sencilla súplica.

Antes piénsalo

Hay muchachos capaces de llevar a cabo mil hazañas estupendas... pero sólo en su fantasía. Refieren a sus compañeros empresas atrevidas pero sólo «sobre el papel»; eso no es carácter. Obrar, eso es carácter.

Tampoco es carácter la precipitación desatinada, defecto común muchos jóvenes. No es del joven de carácter lanzarse a la acción sin pensarlo antes, emprenderlo todo para dejarlo mañana. Ahora empiezas a estudiar inglés, pero dentro de una semana te descorazonas por las dificultades y echas en un rincón la gramática inglesa. En compensación te entregas a los deportes. Durante dos semanas te entrenas sin compasión, desde la mañana a la noche, pero al llegar a la tercera semana ya estás cansado. Cambias continuamente.

Antes pensarlo, después lanzarse. Es decir, pensar bien la cuestión, si es mi deber llevarla a cabo, considerar las circunstancias. Pero si ves que has de hacerlo, o vale la pena de que lo hagas, entonces no has de retroceder, por más abnegación, perseverancia, sacrificio que te costare; he de hacerlo, es deber mío, por tanto, lo hago; esto ya es ser hombre de carácter.

He de hacerlo, es
deber mío, por tanto,
lo hago.



La libertad

No hay palabra que guste tanto a los jóvenes como la palabra «libertad». ¡Crecer libremente! ¡Desarrollarse libremente! ¡Vivir libremente! Libremente, como un pájaro. Un deseo instintivo impele a la juventud hacia la libertad. Y si es instintivo, luego lo dio el Creador; y si lo dio Él, entonces habrá fijado metas elevadas para este instinto. Este fin no puede ser otro que asegurar el desarrollo del espíritu. Y por ello no has de luchar contra toda regla o norma —eso sería libertinaje, desenfreno—, sino sólo contra los obstáculos —pasiones e inclinaciones— que se oponen al libre desenvolvimiento de tu carácter.

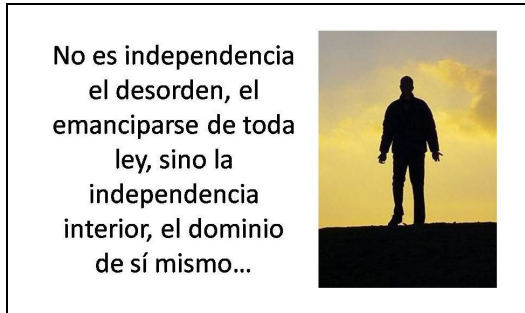
Muchas normas o reglas favorecen tu desarrollo, aunque a veces resulten incómodas y desagradables. Al igual que la parra se sostiene y eleva cuando está unida al rodrigón, necesitamos normas o reglas que nos permitan el crecimiento como personas, aunque a veces nos agraden. Si nos atamos a las normas no es para contrariar nuestra libertad, sino para dirigir y asegurar su recto crecimiento.

Todo instinto abandonado a sí mismo es ciego. Es ciego también el instinto de libertad y cuando no está sujeto a la dirección de la razón —por la que nos orientamos hacia el bien verdadero—, precipita al hombre en la perdición y la ruina. Por esto vemos día tras día la triste realidad de muchos jóvenes que se pierden por una libertad mal entendida. Los instintos sin control arrastran hacia lo fácil, hacia lo que «me apetece» y no a lo que favorece un desarrollo armónico y espiritual.

Si el joven quiere verse libre e independiente, más lo desean para él sus educadores y padres, que sea libre verdaderamente. No es independencia el desorden, el emanciparse de toda ley, sino la independencia interior, el dominio de sí mismo, el dominio contra la desgana, contra el desaliento, el capricho y la pereza.

¿Cómo, pues, podrás trabajar por tu independencia espiritual? Viendo en las órdenes de tus padres, en las reglas de tu centro educativo, en el deber cotidiano, no mandatos caprichosos que coartan tu libertad y que sólo han de cumplirse mientras lo ven otros y pueden vigilarlo, sino al contrario, medios que te sirven para vencer tu comodidad, tu mal humor, tus caprichos, tu superficialidad, tu inconstancia. Quien mira bajo este aspecto cuanto se le

manda y obedece, este tal trabaja de veras por la libertad del alma. «Servir a Dios es reinar», dice un proverbio latino.



El cuerpo al servicio de la persona

El ideal de la educación es el joven que se desarrolla armónicamente en su cuerpo y en su alma. El cuerpo es santo como el alma, ya que lo recibimos del Creador para que nos ayude a conseguir nuestro fin eterno; sabemos que el cuerpo humano fue santificado por el mismo Hijo de Dios cuando asumió carne mortal, y creemos que un día también el cuerpo participará de la vida eterna.

El cristianismo no ve, pues algo «diabólico», algo «pecaminoso» en el cuerpo. No tiene por fin destruir el cuerpo ni debilitarlo. Lo que intenta es hacer del cuerpo un trabajador puesto al servicio de los fines eternos. Así, los mandamientos de Dios no son obstáculos a tu libertad, sino garantías y ayuda imprescindible para el vuelo de tu alma.

No vamos nosotros a pedir menos de los que pedía el noble pensar de un romano, Juvenal, en los versos que siguen: «Has de pedir alma sana en cuerpo sano. Pide ánimo fuerte, que no tema a la muerte, que pueda sobrellevar cualquier trabajo, que no se queje. Cuerpo sano, alma fuerte, capaz de soportar las fatigas pesadas y la auto-disciplina.»

Magnánimos en lo cotidiano

La mayoría de los hombres no tendrán ocasión ni una vez en su vida de realizar una sola gesta heroica. Aunque muchos jóvenes muestren su ardoroso entusiasmo contando lo que harían en una expedición al Polo Sur, cómo morirían de muy buena gana por Jesucristo... por muy hermoso que tal entusiasmo sea, mientras no pase de ser un vago sueño, será de muy poco valor en la vida real.

Hay que aplicar, pues, este entusiasmo a la vida cotidiana. Eso te pide hoy Jesucristo, una vida saturada de continuos heroísmos. Y esto es lo más difícil. El ejemplo de muchos desgraciados que ponen fin a su existencia muestra muy a las claras que muchas veces es preciso más valor para la vida que para la muerte.

Se necesita mucha menos valentía para bañarse en pleno invierno entre los trozos de hielo que flotan en un río caudaloso que para perseverar firme en lo que considero que es mi deber, o para ser coherente con mis principios morales o con mi fe, en medio de una sociedad permisiva. Es valentía ser honrado. Es valentía perseverar incommovibles en el bien, y esto es lo que hace el joven de carácter.

Se necesita mucha valentía para ser honrado, para perseverar en el bien, para cumplir con el deber.



«Pero ¡qué egoísta eres!»

¿Qué es el egoísmo? Un amor a sí mismo desordenado, desquiciado. El amor justo a sí mismo es mandamiento de Dios y un instinto de conservación que evita todo lo que pueda dañarnos. Pero el egoísmo es la caricatura del justo amor a sí mismo. El muchacho egoísta cree ser el centro del universo, que todo el mundo está hecho para él y que todos los hombres están para servirle. Juzga hasta los grandes acontecimientos según la ventaja que para él representan.

Cuanto más pequeño es el niño, tanto más vive bajo el poder de los sentidos, y es por eso mismo más egoísta. Mira, si no, a un niño de tres o cuatro años. ¡Cuántas exigencias tiene! Todo lo ansía para sí. A un pequeño se lo perdonamos, aunque es preciso ir acostumbrándolo al desprendimiento.

Cuando más te desarrollas, más comprendes que el mundo no está hecho sólo para ti; que no eres el personaje más importante de la Tierra; que millones y millones de hombres hay a tu alrededor con quienes tienes que tener atenciones. A quien no comprende esto lo llamamos egoísta. Y es curioso notar con qué facilidad los muchachos se hacen egoístas a partir de la pubertad. Del joven que es insoportable en casa, que cierra las puertas con estrépito, que pone mala cara, que siempre está descontento, que no trata a nadie con corrección, suele decirse: «¡Es bastante nervioso!» ¡Qué va a serlo! Solamente es egoísta.

Hay egoísmo cuando un estudiante rico describe ante su compañero pobre las vacaciones que ha disfrutado. Hay egoísmo si te ríes cuando hay motivo de tristeza en la familia. Hay egoísmo si te burlas siempre de los otros y les das pie para irritarse.

Acostúmbrate a practicar el desprendimiento ya en tu juventud. ¡Qué repugnante egoísmo si un hombre no busca más que su propio interés en la vida y está dispuesto para lograrlo a pasar por encima de todos los demás! Pero, ¿cómo llegó hasta tal punto? Quizá haya empezado con cosas insignificantes en la niñez. Cuando andaba con sus amigos por espesos bosques, él iba delante soltando las ramas para que fueran a herir en la cara a los que lo seguían; a él sólo le importaba que ya había pasado.

En cambio, ¡qué satisfacción si se dice que es un joven de alma noble! La nobleza del alma es lo contrario del egoísmo. Si tu compañero tiene algún pesar, consuélalo con unas palabras que broten del corazón. Eso es nobleza del alma. Si se alegra, alégrate con él; el egoísta en estos casos se pone amarillo de envidia. Si compartes tu desayuno con tu compañero, tienes nobleza de alma. Si lo ayudas por la tarde para que aprenda la lección, si procuras alegrar a los demás, si tratas a los extraños con amabilidad... eso es grandeza de alma, es decir, amor al prójimo en las insignificantes pequeñeces de la vida.

Contra el egoísmo, nobleza de alma:
amor al prójimo en las insignificantes
pequeñeces de la vida.



¿Sabes decir «NO»?

Sin el arte de decir «NO» es imposible que haya un hombre de carácter. Cuando los deseos, las pasiones de los instintos se arremolinan en ti; cuando, después de una ofensa, la lava encendida de los gases venenosos bulle en tu interior y se prepara una erupción a través del cráter de tu boca; cuando la tentación del pecado te muestra sus alicientes, ¿eres capaz entonces, con gesto enérgico, de pronunciar la breve y decisiva palabra «No»? Si eres capaz, entonces no habrá erupción. No habrá golpes ni disputas.

Haz como Alberto, que quiso acostumbrarse a no hablar precipitadamente, a pensar las palabras de antemano, contando hasta veinte en sus adentros antes de dar una respuesta. Excelente medio. ¿Para qué sirve? Para que nuestro mejor «yo», nuestro juicio más equilibrado, pueda hablar.

Un joven se deslizaba esquiando por un espléndido nevado. Al final de la bajada se abría un profundo precipicio. El joven iba volando hacia abajo, lanzado como una flecha; pero he aquí que delante del precipicio, con admirable técnica, se para de repente y se mantiene allí, en el borde de la sima, como una columna de granito. ¡Bravo! ¡Estupendo! ¿Dónde los has aprendido? «Ah! —contesta el muchacho—. No ahora, por supuesto. Tuve que ensayarlo muchísimas veces en pendientes cada vez más inclinadas.»

¡Bravo! ¡Estupendo! ¿Dónde los has aprendido? Tuve que ensayarlo muchísimas veces...



También el camino de la vida es una especie de carrera de esquí, con innumerables precipicios. Y todos caen y todos van al abismo si no han hecho prácticas de pararse infinitas veces, plantados como una columna de mármol, respondiendo con un «NO» a las tempestades turbulentas de las pasiones.

Qué otro fin pretende el ejercicio de la voluntad sino prestar una ayuda sistemática al espíritu en la guerra de la libertad, guerra que se ha de sostener contra el dominio tiránico del cuerpo. Quien se incline, sin oponerse, sin decir palabra, a cualquier deseo instintivo, perderá el temple de su alma y su interior será la presa de fuerzas encontradas. Ahora comprenderás la palabra del Señor: «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los esforzados lo arrebatan» (Mateo 11,12).

Por tanto, primera condición del carácter: la guerra contra nosotros mismos para poner orden en el salvaje entramado de las fuerzas instintivas.

La mejor defensa es el ataque. Quien empieza la ofensiva gran ventaja lleva. En el combate del alma has de atacar día tras día, aunque sólo sea en pequeñas escaramuzas, al ejército enemigo que está dentro de ti y cuyo nombre es pereza, comodidad, capricho, glotonería, curiosidad, desamor...

Ejemplo de gran dominio de sí mismo nos da Abtuzit, el sabio naturalista de Ginebra. Durante veintidós años estuvo midiendo la presión del aire, anotándola cuidadosamente. Un día entró en la casa una nueva criada, que empezó por hacer una «gran limpieza» en su estudio. Llega el científico y pregunta a la muchacha: «¿Dónde están los papeles que tenía aquí, debajo del barómetro?», papeles donde tenía anotadas todas esas mediciones. «Ya no están, señor. Estaban tan sucios, que los he quemado, pero los he cambiado por otros completamente limpios.» Pues piensa lo que habrías hecho en semejante caso. ¿Y que dijo él? Cruzó los brazos; por un momento pudo adivinarse la tempestad que rugía: y después dijo con sosiego: «Has destruido el trabajo de veintidós años. De hoy en adelante no has de tocar nada de este cuarto.»

¿Sabrías guardar la serenidad en contratiempos menos importantes?

Se necesita gran vigor espiritual para que te atrevas a defender tu parecer y tu recto sentir en medio de una sociedad de pensar completamente distinto. Es menester valentía muy recia para que no reniegues ni un ápice de tu convicción religiosa por agradar a los demás. Quien está falto de esta valentía demuestra un carácter débil.

¿Sabes por qué empiezan a fumar muchos jóvenes? ¿Por que les gusta? ¡Qué va a gustarles! Fuman porque también los otros fuman.

¿Sabes por qué bastantes jóvenes se hacen negligentes y vagos? Porque los otros también lo son.

Hay jóvenes que se ruborizan de confesar su fe en medio de compañeros por el «qué dirán». Hay muchos que, a pesar de su alto concepto del amor, se divierten con historias obscenas, y hasta ellos mismos cuentan algunas, porque «los otros también lo hacen».

La flor abre sus pétalos al rayo de sol de la mañana, y no mira qué hacen las demás flores. ¡De cara al sol!, es lo que dice el hombre de carácter. El águila no espía con temor a las demás aves para ver si también ellas la siguen hacia arriba, sino que se lanza a las alturas serenas y puras, cara al sol. Hacia arriba, es la divisa del joven de carácter.

Es una suerte si puedes pronunciar —cuando es necesario— el «NO» enérgico.

¡No! —has de decir a tus compañeros cuando te incitan a cosas prohibidas.

¡No! —has de gritar a tus instintos cuando ciegame te empujan.

¡No! —has de gritar a las tentaciones.

¡No! Has de
gritar a tus
instintos
cuando
ciegamente
te empujan.



El dominio de sí mismo

La base de toda virtud es el dominio de sí mismo. En cuanto alguien se hace esclavo de sus instintos, pierde inmediatamente la garantía de su vida moral: el gobierno de sí mismo.

Cuando uno no se domina está a merced de las olas instantáneas de la vanidad ofendida, de la ira, del sensualismo, del orgullo... y se ve empujado y arrastrado a realizar acciones de las que a los cinco minutos se lamentará. Muchos crímenes se evitarían si los hombres aprendieran a dominarse a sí mismos.

Al filósofo pagano Crates, cierto día, lo golpeó tanto el pintor Nicódromo, que se le hinchó toda la cara. ¿Sabes cuál fue la venganza de Crates? «Le pagó con otro golpe», piensas tú. No. Sobre su cara hinchada puso esta inscripción: «Es obra de Nicódromo». De esta suerte toda la ciudad vio qué ruín era el pintor por dejarse llevar tan fácilmente de la cólera.

Todos los hombres, por muy materialistas que sean, elogian al hombre en quien el espíritu triunfa de la materia. ¡Con cuánto entusiasmo acogió el mundo entero la noticia de la llegada al Polo Sur, después de muchas privaciones, de Amundsen, el viajero impertérrito de los Polos! ¡Y qué sincera fue también la compasión cuando el mundo se enteró de que Shakalton había muerto helado, unas millas antes de llegar a su término!... ¿Qué es lo que celebra la Humanidad en estos descubridores? Estos hombres no abrieron ninguna mina de diamantes, no inventaron máquinas nuevas. ; celebra en ellos el triunfo del espíritu sobre las fuerzas del cuerpo, el heroísmo de su espíritu emprendedor.

Un día me encontré por la calle a un niño que lloraba. Durante días había trabajado con esmero en hacer una hermosa cometa y cuando la soltó se quedó prendida en un tendido eléctrico. La bonita cometa se retorció y se hacía pedazos a merced del viento. Hay muchos jóvenes también que llegarían muy alto si no quedasen prendidos en las redes de sus pasiones no dominadas.

Contra corriente

Quien vive con entereza sus convicciones, despreciando la ironía y el respeto humano —el «que dirán» de los demás—, es un joven de carácter.

Es joven de carácter quien sabe vivir con entereza sus convicciones ante los demás, aunque no le entiendan o le tengan por exagerado.



Daniel a la edad de catorce años, cayó cautivo y llegó a la corte del rey Nabucodonosor. Ya puedes imaginarte que lujo y seducción deslumbrante le rodeaban. ¿Y cuál fue su lema? «Yo permaneceré fiel a mi Dios». La tentación duró tres años, y el permaneció limpio de alma en medio de todas las seducciones del palacio del rey. ¡Era un joven de carácter!

No temas tanto la opinión de los demás. Si levantas la voz con valentía en defensa de tus principios, verás no una, sino muchas veces, cómo va retrocediendo tu enemigo.

En las algunas ciudades de origen medieval pueden verse con frecuencia ruinas de fortalezas o de castillos antiguos. Cuando todo el edificio ya está desmoronado, la torre sigue desafiando aún años y más años la fuerza destructora del tiempo. Estas torres seculares permanecen cuando a sus pies todo se agita en medio del ajetreo de la vida. Parecen la viva imagen del carácter firme: a sus pies todo cambia, se inclina, se adapta, se vende, se compra, pero ellas no ceden en sus principios. Si esta torre ha permanecido como la defensa más fuerte del castillo, así también hoy el hombre de carácter es la columna más poderosa de la sociedad humana. Parece que esta torre nos dice a todos: «Miradme, yo no fui edificada en un solo día; ¡cuántos bloques de piedra tuvieron que ponerse uno sobre otro!, y ¡con cuánta fatiga, con qué voluntad, a costa de cuántos sudores!; pero ahora vedme aquí venciendo los siglos.»

Para edificar la torre se necesitaron años, quizá decenas de años, y tú, ¿quieres hacerte hombre de carácter en un solo día?

Y mientras estoy mirando la torre del castillo, veo algo en la cúspide que está moviéndose de continuo. Ya se vuelve hacia acá, ya gira hacia allá... es la veleta. No tiene dirección fija, no tiene base sólida, casi diría: no tiene principios, no tiene carácter. Porque si lo tuviera, en vano le cantarían el viento sus canciones al oído. Negar los principios, ceder en la propia convicción, porque así resulta más cómodo, porque así se puede hacer una carrera más brillante, porque en el mundo entero sopla el viento en esta dirección, es lo propio de la veleta. Pues bien, medítalo: ¿qué quieres ser, torre o veleta? ¿El cobarde esclavo del respeto humano o un hombre verdaderamente libre?

La prueba de la mayoría

Aunque todo el mundo hiciese el mal, ¿sabrías conservarte tú sin mancharte? Si en tu centro educativo todos aspirasen únicamente a disfrutar de la vida, ¿podrías tú permanecer firme en tus nobles ideales? ¿Y si todos mintiesen porque resultase ventajoso? Permanecerías fiel a la verdad aunque te crease problemas.

La conciencia suele llamarse la voz de Dios, y con razón. ¿Quién no ha oído alguna vez en su interior esta palabra? Cuando el joven está a punto de pecar, oye en su interior una voz que lo amonesta: «¡No lo hagas, no lo hagas!»

Si quieres ser libre, acostúmbrate a seguir incondicionalmente la voz de tu conciencia. No temas a nadie. Teme tan sólo a tu conciencia. No encaja con el carácter el abandonar por miramientos humanos, por miedo a habladorías o a la ironía, lo que aprueba tu conciencia.

**Si quieres ser libre,
acostúmbrate a
seguir
incondicionalmente
la voz de tu
conciencia.**



El joven que no se atreve a rezar o no se arrodilla en la iglesia porque «otros lo ven», es prisionero del respeto humano. Mas el verdadero carácter significa una voluntad fuerte, guiada por una conciencia delicada. Quien al hacer algo espía con miedo lo que dirá el otro, no tiene voluntad y su carácter todavía no está formado. Igual que quien se deja llevar sólo de lo agradable sin tener en cuenta si es bueno o malo. Piensa que la mejor ayuda para dormir, la mejor almohada, es una buena conciencia.

El mártir San Pedro de Verona fue muerto a puñaladas por su fe. Después de los primeros golpes gritó con tesón: «¡Creo!». Cuando, cubierto de sangre, ya no pudo articular palabra, con su dedo teñido en la propia sangre escribió en el suelo: «¡Creo!». Era un hombre de carácter porque era coherente con su fe.

Capítulo II

Obstáculos en la formación del carácter

Podríamos resumir los obstáculos en la formación del carácter en los siguientes, la mayoría ya señalados:

— El miedo al «qué dirán».

— La pasión o defecto dominante. En cada joven hay una o dos pasiones grandes o defectos capitales. Descubrir estas pasiones y tenerlas a raya, he aquí el camino seguro en la formación del carácter. No pierdas el tiempo en la extirpación de faltas pequeñas. Sujeta la pasión dominante; después vencerás con facilidad las restantes. En un joven, por ejemplo, el defecto capital es la comodidad, y por eso siempre anda huyendo del trabajo; en otro, es la gula; en un tercero, la charla continua; en otro, la ira precipitada, o el amor propio exagerado, la testarudez. Todos estos defectos son otros tantos focos de rebeldía en tu alma. Si no los sujetas a tiempo, muy mal te saldrá la partida.

— Paciencia en la propia autoeducación. Se requieren largos años.

— Falta de conocimiento de sí mismo. La vida agitada hace que el joven no disponga nunca de ratos de silencio, de reflexión, o de desarrollo de su espíritu, no se conoce y no puede ir creciendo en el espíritu.

¿Conoces la ley de la cristalización? Sabrás entonces que si en un líquido saturado, en que hay diferentes materias diluidas, y las moléculas están entremezcladas, ponemos un pequeño cristal, de éste emana una misteriosa fuerza de atracción, y lentamente va atrayendo todas las moléculas que tengan la misma naturaleza que el cristal. El cristal se hace cada vez mayor, y si nada estorba durante algunos meses ese lento proceso de cristalización, se convertirá en magnífico cristal el pequeño trozo allí colocado. Pero, nótaló bien: si en la cristalización no hubo estorbo. De lo contrario, si no existe la tranquilidad adecuada, se formarán unos cristales contrahechos.

Un proceso análogo ocurre en la cristalización del espíritu. Si los pensamientos de tu alma son siempre nobles, elevados, generosos, entonces éstos, como por una especie de afinidad química, irán levantando en el fondo de tu alma otros pensamientos semejantes; y si en los años de juventud prosigue en ti este estado, los buenos anhelos formarán una personalidad armónica y equilibrada.

Pero si el joven pone estorbos a la cristalización tranquila del espíritu, con frecuentes caídas en el pecado, la personalidad será desequilibrada.

La mala hierba

Contempla un campo de trigo en el mes de mayo. Entre el sembrado, fresco y tierno, levanta su cabeza un tallo seco, la cizaña, alguna mala hierba. Todavía no son peligrosas, hasta parecen brotes inocentes y sin importancia; pero, a medida que crezcan, se volverán más espinosos y más duros.

Joven: tú también estás en la primavera de tu vida, y también has podido notar en el sembrado de tu alma el tallo de la mala hierba. Tus malas costumbres, tu terquedad... tu defecto dominante no eran tan manifiestos durante la niñez, pero a medida que van desarrollándose, si no luchas contra ellos, se volverán cada vez más espinosos y más difíciles de quitar.



¿Qué será de ti si no entablas esta lucha? Tu cuerpo sigue creciendo y desarrollándose pero el alma se te queda raquítica. La mala hierba se desarrolla en ti con gran empuje; bien sabes que no necesita ningún cuidado, pero el sembrado de trigo, las buenas cualidades, se mueren, se ahogan bajo la mala hierba que crece en abundancia.

Este joven, si le mandan algo en su casa, contestará de malas maneras. Si hay algo que le disgusta, cerrará la puerta con un ruido que parece un cañonazo. Si se le rompe el cordón del zapato, soltará una palabrota. Si tropieza con otro, despotricará contra él. En una palabra, será un hombre «inaguantable».

Malas hierbas hay en todas las almas, pero el joven de carácter no les deja tiempo para que cobren fuerzas, sino que rápidamente las extermina con vigilancia y lucha continua. Esta lucha continua es lo que llamamos el combate de la propia educación.

El combate del alma

En el alma, pues, hay una lucha continua entre el bien y el mal. Apenas contabas cinco o seis años y ya sentiste los primeros movimientos del enemigo. Sentiste algo en ti que te empujaba hacia el mal. Un peso de plomo que trata de hundirte en el abismo, en el abismo sin fondo de la ruina moral. Una terrible herencia, la inclinación al mal, consecuencia del pecado original.

Por esto el hombre se inclina más al mal que al bien. Esto lo conoces de sobra por propia experiencia.

Conocemos los ideales sublimes que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó, nos entusiasmos con ellos, quisiéramos vivirlos... Pero, ¡cuántos obstáculos se levantan...!

Observo dentro de mí un choque trágico. El bien agrada, pero el pecado tiene sus alicientes. La vida según el ideal atrae hacia las alturas; pero el pecado tira hacia abajo. Esta lucha nos hace preguntarnos: ¿cómo es tan difícil ser bueno y tan fácil ser malo?

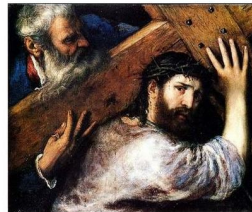
«En todo hombre hay un santo y un criminal», dijo Lacordaire. El criminal va adquiriendo fuerzas en tu interior por sí mismo y crece aunque no lo cuides; pero para ser santo es necesario una labor perseverante y ardua en la educación de sí mismo.

Y ¿sin sacrificio?

No se puede ser hombre de carácter, aspirar a un alto y generoso ideal, sin sacrificio. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mt 16,24), te dice Jesús. Quien quiera estar con Él en el cielo no ha de abandonarlo en el camino pedregoso de la cruz.

No se puede aspirar a un alto ideal sin sacrificio

*Si alguno quiere
venir en pos de mí,
niéguese a sí
mismo, cargue con
su cruz y sígame.*



Para tener voluntad hace falta cierta ascesis. De quien nunca se priva de una cosa lícita no se puede esperar que rehuse todas las prohibidas. La palabra «ascesis» significa originalmente «elaboración final»; tal como la entendían los griegos: aquella vida de preparación, de pulimento y de sacrificio con que se disponían los atletas a las olimpiadas. El hombre de carácter también es resultado de una lucha, de un combate. Sin sacrificio ni abnegación no se puede lograr nada grande en esta tierra.

En la vida todo el mundo hace sacrificios; la diferencia estriba tan sólo en el motivo por el que lo hacen. Piensa, por ejemplo, en el avaro, como vive miserablemente, como se sacrifica por ahorrar, para este fin ahoga todos sus deseos, vive sin alegrías y sin amigos. Y todo esto para amontonar dinero.

Nada se nos da gratis en este mundo. Quien desea labrar una estatua ha de quitar mucho del tosco bloque de mármol; y quien quiera moldearse a sí mismo y hacer una obra maestra de su persona, ha de pulirse sin descanso.

Le preguntaron a Zeuxis por qué trabajaba con tanta diligencia en sus cuadros: «Porque trabajo para la eternidad», contestó.

Joven: cuando trabajas por tu alma, trabajas para la eternidad. ¿Encontrarás excesivo trabajar por tu alma?

«Yo soy así»

El combate contra los instintos no acaba nunca. El joven que se preocupa por su carácter nunca excusará sus faltas diciendo: «Yo soy así, ya nací con este temperamento»; sino que trabajará sin tregua en el perfeccionamiento de su alma. Repite, por tanto, muchas veces: «Aunque las fieras moren en mí, llegaré a domarlas. No me resigno a que mis malas inclinaciones me venzan.» Estamos en este mundo no para pararnos en lo que somos, sino para plasmar lo que hemos de ser.

Hay una leyenda muy pintoresca de San Columbano, el evangelizador de los bávaros. Toda su fortuna consistía en un manso borriquito que le servía para transportar su modesto equipaje en sus viajes apostólicos. Hasta que un día, al pasar por un bosque, salió de repente un oso y le mató el borriquito. ¿Y qué hizo el santo? Se fue derecho al oso y le cargó el equipaje: «¡Ah, hermano, tú has matado el borrico! Pues bien, ahora tendrás que llevar tú mi equipaje.» El oso, todavía bañado en sangre de la víctima, inclino la cabeza y en adelante sirvió a su señor como un manso corderito.

No te quejes de que eres muy apasionado, fogoso, precipitado, ambicioso, vivaracho, etc. Amansa el oso y ávalo a tu carruaje. La pasión en sí misma no es mala: lo es tan sólo la pasión desenfrenada. Sin grandes pasiones no se pueden hacer obras grandes y, por tanto, no puede haber héroes ni santos.



La pasión es el viento del mar. Si no sopla, los barcos se paran, inactivos, con el velamen caído. Pero no basta que sople el viento. Todo depende de si sabemos aprovecharlo con habilidad para hinchar las velas de nuestra embarcación; porque, de lo contrario, no hará sino volcar la nave.

La formación del carácter no exige que extirpes tus pasiones, sino que las conviertas en aliadas. Por tanto, no sigas sus consejos, porque la pasión puede ser mala consejera; pero aprovecha sus fuerzas, pues son resortes poderosos si bien las empleas.

Sólo quien persigue «apasionadamente» un fin noble podrá vencer todos los obstáculos. Las pasiones son corceles fogosos en el carro de tu vida; si

las dejas en libertad, te arrastran al precipicio; si las sujetas con mano firme llevando tú las riendas, te harán volar hacia tu fin.

Toda pasión es como el fuego: puede ser bendición y puede ser maldición, tal como escribe Schiller en *La campana*: «Es el fuego potencia bienhechora, mientras la guía el hombre y bien la emplea.»

Por más brioso que sea tu temperamento, por muchas que sean tus malas inclinaciones heredadas —no es culpa tuya tenerlas—, no te desanimes. Haz cuanto esté a tu alcance para ennoblecer tu alma, y después acuérdate de la gran verdad consoladora: «Dios no niega la gracia a quien hace todo cuanto puede.»

Quien se levanta de mal talante

Todos sufrimos cambios de humor. Hoy estamos de buen humor y mañana, basta un leve contratiempo, para ponernos de mal humor. «Se ha levantado de mal talante», dicen los hombres al encontrarle. «Estoy de mal humor», repites tú mismo.

No hay duda, el humor no depende de nosotros; por tanto, no somos totalmente responsables de él. Pero de nosotros depende hacer todo lo posible para sobreponernos a ese mal humor.

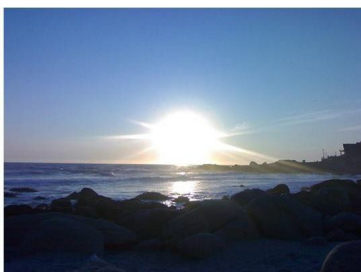
Aun estando de mal humor, no debes hacerlo sentir a los que te rodean ni mostrarlo con enfados, con cara larga o con descontento. ¡Cuántas veces tuvieron que dolerse los hombres de palabras ofensivas y acciones precipitadas que cometieron sin premeditación, bajo la influencia de su mal humor! Cuántas veces se nos escapan frases no pensadas, de las que sólo más tarde nos damos cuenta lo ofensivas que fueron para los otros! «¡Dios mío! Yo no quería hacerlo. No me daba cuenta de las consecuencias que iban a traer consigo.» Sí, sí, pero ya es tarde.

No abandonarse al desaliento es la virtud del roble, de la roca, del alma grande.

En las oscuras profundidades del gran océano, donde nunca baja un rayo de sol, donde la naturaleza pierde el color, donde la temperatura está casi a cero grados, donde el aire contenido en el agua es de poca densidad, donde el peso de la mole inmensa del agua viene a ser abrumador; en este ambiente desolador, ¡es curioso el caso!, viven unos peces luminosos. La sabiduría de Dios hizo que en este lugar oscuro unos peces con su propio cuerpo hiciesen de linterna. Hasta en el abismo más oscuro del océano vibra la vida inundada de luz y de destellos.

Si tienes orden en tu alma, nunca has de estar de mal humor, ni sombrío, ni desalentado. No te levantes nunca «de mal talante». Procura tener un humor jovial, expansivo, capaz de trabar conversación con los pajarillos. Trata de ser, sobre todo, fuente de vida, de alegría, de luz, de sol, cuando la tristeza, las dificultades económicas y las múltiples preocupaciones te envuelvan. Piensa que «después de las tinieblas llegará la luz» (Job 17, 12).

No te dejes llevar
del desaliento,
después de las
tinieblas vendrá la
luz.



No tengo suerte

Muchos jóvenes, si les han puesto un cero en el colegio, desanimados suspiran: «No tengo suerte.» Y si alguno de sus compañeros sobresale, en seguida tienen preparado el fallo: «¡Claro! siempre tiene suerte este tipo.»

Y, sin embargo, el éxito no es tan sólo cuestión de suerte; y quien de la suerte espera el éxito, en vano esperará con la boca abierta el pollo asado, trinchado y servido. El que quiera lograr algo en la vida, no haga reproches a la suerte, sino coja la ocasión por los pelos y no la suelte.

¿No tienes toda una cuadrilla de obreros que trabajan para ti? Ahí están tus dos brazos vigorosos, tus hábiles diez dedos de la mano, tus pies incansables, tus ojos agudos, tus oídos despiertos..., todos ellos están dispuestos a trabajar para ti. Y tienes además tu cerebro penetrante, esa admirable central de telecomunicaciones. ¿Para qué esperar, pues, ayuda extraña?

Los mahometanos tienen un proverbio interesante: «El mundo entero pertenece a Dios, pero Dios se lo alquila a los valientes». En otras palabras, el joven no ha de esperar inactivo, sino que ha de fraguar sobre el yunque, con duro trabajo, la carrera de su vida. Hay que estar convencido de que el éxito pertenece a los tenaces, aunque tengan que pasar por muchos intentos fallidos. Los malos resultados transitorios nadie puede evitarlos, pero el que emprende el trabajo una y otra vez, con vigor creciente, vencerá de veras. Por tanto, lo principal no es la suerte, ni siquiera el talento brillante, sino el ánimo tenaz en el trabajo.

El éxito pertenece
a los tenaces,
aunque tengan que
pasar por muchos
intentos fallidos.



«Lo he intentado... pero en vano»

Muchos jóvenes se quejan de las veces han querido enmendarse, de las veces han querido mejorar... y de que al final todo ha sido en vano, no lo han

logrado. Y se desalientan porque no saben distinguir entre el serio querer y el mero desear.

Y en realidad no lo quisieron, no lo intentaron; sólo imaginaron que sería así o asá. «Quisiera enmendarme»... pero nada hicieron para ello. Y es que hay una diferencia enorme entre el «quisiera» y el «quiero».

«Lo he intentado, ¡pero en vano!» No te enfades si te digo claramente que no es verdad, que no lo has intentado. Te lo imaginas tan sólo... «quizá no estaría mal probarlo.»

¿Habría Colón descubierto América si hubiese dado entrada al menor desaliento por el fracaso de sus primeras tentativas? ¡Cómo fue perdiéndose por las cortes de Europa, durante dieciocho años, en busca de ayuda económica para su viaje! Se reían de él por todas partes, teníanlo por aventurero, por visionario; pero él se aferró resueltamente a sus propósitos. Tenía bastantes motivos para creer que más allá del continente conocido no podía haber únicamente mar, sino que debía de haber más tierra, otro continente. Y merced a su entusiasmo, a su voluntad tenaz, pudo vencer todos los estorbos y emprender su gran viaje, aunque sus contemporáneos pensarán que no lo habían de verlo más. ¿Sabes cuántos años tenía entonces? Cincuenta y ocho. Otros a esa edad ya se jubilan. Él, entonces, puso mano al gran sueño de toda su vida.

Querer mucho

El carácter no brota de la efervescencia de un momento, de un arranque que se lanza para detenerse en seguida, sino del trabajo metódico, perseverante y formativo, tratando de poner en juego todas las energías espirituales. Hay que pensarlo bien, emprenderlo con tesón y perseverar con constancia.

Muchos jóvenes «quisieran» muchas cosas, «desearían» y «les gustaría que fueran así o asá»; nada, sin embargo, hacen para ello. Que distinta situación de la expresada en la poesía:

No miró a la derecha. No miro a la izquierda.

¡Adelante! ¡Derecho al fin!

¡Con la confianza en Dios!

¡Y a través de todo!

Todo lo que puede hacer el hombre, puede hacerlo. Es inconcebible lo que es capaz de hacer un hombre, basta que sepa querer con decisión y constancia. Grandes fuerzas duermen en nosotros, mucho mayores de lo que pensamos. Debes creer que están escondidas en ti estas grandes fuerzas, y así se romperán de improviso las cadenas que te atan. Da comienzo a todas tus empresas con este pensamiento: «conseguiré ciertamente el fin que me propongo». Si no tienes una fe ciega en el triunfo, tu «querer» tan sólo será un «quisiera» ineficaz.

Es inconcebible
lo que es capaz
de hacer un
hombre, basta
que sepa querer
con decisión y
constancia.



¡Fuera los Alpes!

Cuando Napoleón conquistaba países uno tras otro y les imponía su yugo, le ocurrió una gran contratiempo; sus generales le advirtieron que los Alpes impedían el paso a su ejército. Napoleón al momento contestó con decisión: «¡Entonces, fuera los Alpes!»

Una voluntad fuerte no se arredra ante las dificultades. ¡Titánica fuerza de voluntad la de Napoleón. Y si esta voluntad de acero se hubiera hermanado con adecuada rectitud de alma y hubiese vencido su egoísmo incontenible, no sólo no hubiese caído en la desgracia y hubieses evitado muchos males, sino cuánto bien hubiese podido hacer... Pero aprende de él a querer con fuerza.

Hay que ver antes con claridad el objetivo, pero una vez decidido, venga lo que viniere, hay que hacerlo... o vencer o morir.

Tú también tienes que dejar el cómodo «quisiera» o «me gustaría», que no sirve para nada, y entrar por el sendero estrecho del «quiero». Dejar de gastar las fuerzas lamentándote con que «soy débil, no podré lograrlo» y aprovecharlas para empezar a actuar.

Supo querer

En el retrato de los grandes hombres se podrían inscribir estas palabras: «Supo querer». A Santo Tomás de Aquino le preguntó su hermana: «¿Qué he de hacer para alcanzar la salvación eterna?» «Querer», fue su breve respuesta.

El joven no ha de acobardarse anodadado ante las dificultades, sino que ha de mirar de frente los obstáculos que le cierran el paso. Por más nublado que esté el cielo, llegará a salir el sol. Y por más crudo que sea el invierno, ha de llegar un día la primavera.

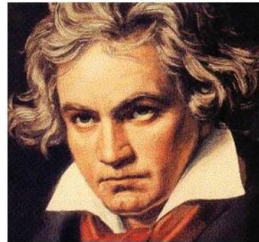
Fuera el desaliento. Para los jóvenes el trabajo, para los viejos el descanso. No desmayes jamás. Y adelante, con valentía, contra las dificultades. Muchas veces nos imaginamos las empresas mucho más arduas de lo que suelen ser. Y, sin embargo, lo dice muy bien el proverbio inglés: «Nunca llueve tan fuerte como cuando se la mira desde la ventana.»

Mira qué sabiamente pensaba el pagano Séneca en este punto: «La desgracia no quebranta al hombre valiente» (Prov. 2), «La desgracia es ocasión para la virtud» (Prov IV, 6), «El fuego sirve de prueba al oro; la miseria, a los hombres fuertes» (Prov. V, 8).

La historia está llena de ejemplos de estos. Hubo muchos que parecían tener conjuradas contra sí todas las fuerzas. Miles y miles de obstáculos se levantaban contra sus planes; pero ellos opusieron con noble ardor su voluntad de acero y vencieron. Donde la primavera es continua y la Naturaleza siempre benigna, los hombres son indolentes y sin energías.

Beethoven, el gran músico, estaba completamente sordo cuando compuso su obra más excelsa.

**No desmayes ante las dificultades.
Piensa en Beethoven:
estaba completamente sordo cuando compuso su obra más excelsa.**



Moisés, el gran libertador de los judíos, no sabía casi hablar; pero con la ayuda de Dios y con el humilde reconocimiento de su flaqueza, se hizo jefe de todo un pueblo.

Por tanto, ¡no seas pesimista! No digas: «En vano emprendo cualquier asunto, nací con mala estrella, nada me sale bien.» Si te persigue la mala suerte, encárate con ella y no cejes. No te cruces de brazos.

Es la suerte patrimonio de los tontos. Con esto suelen consolarse los perezosos y los fracasados. No admiten que el otro sea más diligente, más hábil, que sea más tenaz en el trabajo.

Los trece de la fama

Cuando Francisco Pizarro viajó hacia la conquista del Perú y se vio metido en graves peligros —de suerte que su tripulación se rebeló y exigió la vuelta—, se puso en medio de sus hombres y les dijo: «Al Norte de esta línea os espera una vida cómoda, sin peligros, pero también pobreza, un destino oscuro; al Sur os esperan duros esfuerzos, arduos combates y penuria; pero si triunfamos, la riqueza, el poder y la gloria. Escoged, pues, ahora.» Casi todos marcharon hacia el Norte; sólo hubo doce que se colocaron junto a Pizarro en la parte Sur, y estos trece, «los trece de la fama», después de muchas privaciones, llegaron a la meta, porque no se habían arredrado ante la lucha.

Por tanto, no pierdas nunca la cabeza, por muy grande que sea el contratiempo. Algunos hombres pasan por muchas pruebas en la vida, y no

parece sino que la desgracia los persigue. Si tú te encuentras en el mismo caso, no te aflijas, no importa, trabaja sin desmayo. Quienes logran más en la vida son los que cumplen siempre su deber con alma serena y la sonrisa en los labios; se alegran en silencio cuando les va bien, y sufren con entereza la desgracia, siguiendo el consejo del poeta romano: «En los trances duros y lo mismo en la bonanza, ten siempre ánimo sosegado.»

Supongamos que estás trabajando y te echan de la empresa. De ves de repente en la calle con graves dificultades económicas. Estás a punto de desalentarte y desesperarte. Pero piensa un poco. ¿No hay otro puesto para ti en toda la redondez de la tierra? ¿Y qué sabes tú lo que Dios quiere al cortar bruscamente tu carrera? ¿Quién sabe si no es así como te quiere guiar a tu debida carrera, a tu verdadero cometido?

Edumndo Campión era el favorito de la reina Isabel de Inglaterra. Celebróse una gran fiesta, y Campión hubo de mostrar su admirable arte de montar a caballo delante de los invitados. Cayó del caballo. En vez de aplausos, risotadas mordaces. Campión se retiró, descubrió su verdadera vocación, se hizo misionero jesuita, y dio su vida por Cristo como mártir.

Julio César desembarcó en Africa. Al bajar del buque tropieza de repente y cae en tierra. El cortejo supersticioso susurra, ve un augurio malo en el suceso. Pero César tiene una feliz ocurrencia. Extiende sus brazos, y con acento patético grita: «Te abrazo, Africa.» Supo forjar un éxito del mismo percance.

La lucha, las privaciones, no sólo no son un mal, sino también fuente de virtudes heroicas. Si no hubiese tentación, no habría tampoco dominio de sí mismo. Si no hubiese pruebas, tampoco habría perseverancia. Quien lucha, se hace fuerte.

**Si no hubiese
pruebas,
tampoco
habría
perseverancia.**



Dante escribió en el destierro luchando con la miseria, su magnífica obra, la *Divina Comedia*. Schiller escribió en una dolorosa enfermedad sus dramas de más relieve. Mozart terminó su *Réquiem* en el lecho del dolor. No le irá bien al hombre si sus empresas todas fueran coronadas por el éxito. Enseña

el fracaso a ser humildes, y da vértigo el éxito continuo. Todo es capaz el hombre de soportar, menos un bienestar continuo.

El peligro del éxito

No lo niego: el éxito estimula a perseverar en el trabajo, al ver cómo las fatigas han tenido su premio. También, es verdad, que pierde fácilmente el ánimo el que siempre fracasa. Pero el peligro está en que nos aficionemos al triunfo. El aplauso ficticio o conseguido demasiado pronto puede causar la caída de los talentos más encumbrados.

Hay jóvenes que por unos chillidos de violín, o por algunos brochazos, se ven aclamados por sus padres o por sus amigos como un nuevo Mozart o un nuevo Rafael. Naturalmente, no necesitaba más el muchacho. En seguida se cree ser un *genio*, un *superhombre*, y se comporta como tal: es un estrambótico, un genio indisciplinado, nada merece su respeto, todo lo critica y, sobre todo, no se esfuerza por aprender. «Viviré de mi talento», se dice inconscientemente. ¡Gran equivocación! Si de verdad el Señor te ha concedido algún talento o capacidad sobresaliente, fórmate en lo que fuere cuanto puedas y ten cuidado para no perder tu sencillez. Manténte humilde.

Newton, el famoso físico, aun después de sus investigaciones y de sus resultados, decía que su trabajo era semejante al de aquel que fuese recogiendo conchas a la orilla del inmenso mar de la verdad: «Lo que piensa el mundo —escribe— de mi labor, no lo sé; pero a mí me da la impresión de que es como un juego de niño a la orilla del mar; de vez en cuando quizá haya encontrado una piedrecita más vistosa o una concha más hermosa que mis compañeros de juego, mientras observo que el océano de la verdad sigue impenetrable.»

Cuanto más sabio, más humilde es el hombre; porque cuanto más aprende y sabe, con tanta mayor claridad ve lo increíblemente poco que sabe respecto a lo que le queda por saber.

Cuanto más
sabio, más
humilde es
el hombre...



Walter Scott, el gran sabio y escritor inglés, después de una larga labor de decenas de años, tenaz y perseverante, reconocía: «Durante mi carrera me sentía atormentado e impedido por mi propia ignorancia.»

No en vano dijo Sócrates: «La mayor sabiduría humana es saber que no sabemos.» Y también Sócrates: «Muchos habrían sido sabios si no hubieran

creído que ya lo eran.» Un proverbio húngaro dice: «Si tuvieras talento, no lo sacarías a relucir.»

Suelen decir los alemanes de la gallina que cacarea estrepitosamente pero que da pocos huevos: «Mucho ruido y pocos huevos.» También lo decimos en castellano: «Mucho ruido y pocas nueces.» La estupidez y el orgullo brotan del mismo tronco.

En una ocasión Alcibiades se envaneció ante su maestro Sócrates de las numerosas tierras que poseía en las cercanías de Atenas. Ante tal actitud Sócrates sacó un gran mapa y le dijo: «Muéstrame dónde está Asia.» Alcibiades mostró el gran continente. «Bien. Y ahora, ¿dónde está Grecia?» También se la mostró, pero ¡qué trozo del mapa más pequeño ocupaba. «¿Y dónde está en Grecia el Peloponeso? Alcibiades casi no lo encontró en el mapa, tan pequeño era. «Y ¿dónde está Atica?» Imposible de distinguir. Mucho menos las tierras que poseía.

El demonio del dinero

Otra prueba decisiva del carácter de un joven es la manera de procurarse dinero, de ahorrarlo y de gastarlo. La locura, la caza del dinero, ha cautivado a muchos. No se puede vivir sin dinero, es verdad; pero no lo es menos que vivir tan sólo por dinero, no es vida humana. La caza de dinero no puede ser fin digno de la vida humana, ya que el dinero es sólo el medio para la consecución de bienes más elevados.

Por desgracia, son muchos los que queman incienso al becerro de oro, como los judíos idólatras en el desierto. Son muchos también los que valoran al hombre por lo que tiene y no por lo que es: «Este tiene tal auto y tantas hectáreas...» Pero lo principal será siempre esto: «¿Ves? Es un hombre honrado de pies a cabeza.»

Muchos se esclavizan durante años para hacerse una fortuna y se empeñan los restantes para guardarla como un policía. Tiene razón San Bernardo: «La fortuna la conseguimos con fatigas, la guardamos con preocupaciones y la perdemos con dolor.»

«¿Qué? ¿Entonces no está permitido crearse una fortuna con honrado esfuerzo?» Claro que sí. Pero quien adquirió una gran fortuna con que podría hacer tantas obras buenas en favor de sus prójimos y las omite, este tal no tiene perdón de Dios. Según la enseñanza de Jesucristo, sólo está permitido amontonar grandes bienes si con ellos practicamos la justicia y hacemos obras de misericordia.

No hay que ser comunista ni es menester negar el derecho de propiedad para afirmar que las enormes fortunas no han podido amontonarlas un solo individuo; muchos obreros y empleados las regaron con su sudor; por lo mismo, se debe invertir bastante de tales fortunas en el bien común, en favor de la humanidad. «Nobleza obliga», es un dicho que muchos conocen. Pero la riqueza obliga también; obliga a prestar auxilio, a portarse con liberalidad con espíritu cristiano y social. «El corazón se endurece más aprisa en la riqueza que el huevo en el agua hirviendo» (Burne).

Recibiste de Dios una fortuna sólo a manera de préstamo, y un día tendrás que rendir estricta cuenta de su empleo. Si todos viviesen este principio, se podría resolver en un solo día la cuestión social.



Recibiste de Dios una fortuna a manera de préstamo, y un día tendrás que rendir cuenta de su empleo.

Hay, por otro lado, jóvenes que no saben vivir sin gastar. Si pasan ante una pastelería, ante una tienda de deportes, ante un cine, ante un vendedor de helados... cada cual según sus gustos, si tienen dinero en su bolsillo no pueden dominarse. Estos muchachos nunca estarán satisfechos y nunca tendrán dinero, porque toda su fortuna se derretirá entre sus manos como la nieve al primer rayo del sol.

Preguntaron una vez a un rico que había sabido abrirse camino a costa de grandes luchas, cómo pudo acumular tanta fortuna. Así contestó: «Mi padre me inculcó profundamente que no debía jugar antes de acabar el trabajo; y que no debía gastar el dinero antes de poder ganarlo.»

¡No derrochar el dinero que no has ganado! Es lo que ocurre con muchos estudiantes con el dinero de sus padres. Mantén el firme propósito de no gastar ni un céntimo en cosas superfluas. Sólo así podrás estar contento con tu suerte el día de mañana. Por este razón muchos hombres están descontentos, no porque no gastan, sino porque no saben frenar sus pretensiones. Acostumbrados a un alto nivel de vida nunca les llega el dinero que ganan. Por otra parte, hombres de mediana fortuna pueden vivir honradamente y sin pesares si conocen el arte de la economía y no son esclavos del consumo.

¿Cómo se cazan los monos?

¿Sabes cómo los negros cazan al mono? Tienen un modo hartamente ingenioso. Atan bien fuerte al árbol una bolsa de piel con arroz, la comida favorita del mono. El agujero de la bolsa es de tal tamaño que por él puede pasar apretadamente la mano del mono, pero no si está se llena con un puño de arroz, no pueda sacarla de nuevo. ¡Pobre mono! Sube al árbol, mete la mano en la bolsa, y la llena de arroz. Sí, pero... no puede sacar el puño. En este momento sale del escondrijo el cazador; el pobre animal grita, salta, se retuerce... es inútil, el negro lo agarra. No hubiera tenido el mono más que abrir la mano, soltar el botín, y estaba salvo. Pero eligió el cautiverio antes que desprenderse de la presa.

¡Cuidado!, joven, no te aprisione también el amor ávido del dinero y no te arrastren a sus cárceles la avaricia.

No podemos vivir sin dinero, pero ¿cómo vivir para que el dinero me sirva y no me esclavice? Trátalo tan sólo como un medio, no lo conviertas en fin por la forma de adquirirlo. Por un plato de lentejas, por unas ventajas materiales, no vendas el derecho de primogenitura de los hijos de Dios, tu propia alma.

Cuando alguien muere suele preguntarse: «¿Cuánta fortuna dejó?» Habría más bien que preguntarse: «¿Cuántas obras buenas hizo?» Por muy rico que seas no has de vivir siempre.

«¿Cuánta fortuna dejó?
Pregúntate más bien: «¿Cuántas obras buenas hizo?»»



¿Quién es el más rico?

«¿Quién es el más rico?», preguntaron al sabio griego Cleantes. «Quien se contenta con menos», contestó.

Cuánto menos sean tus pretensiones materiales, mayor será tu independencia. Y basta ver la maestría que tiene la civilización moderna, la propaganda, para despertar «necesidades innecesarias» en los hombres. La modestia en los deseos ya es una fuente de ganancia.

¿Por qué tantos engaños, estafas, robos, corrupción? Porque los hombres sólo quieren gozar, pero no quieren sacrificarse.

¿Por qué tantas vidas desgraciadas? Porque gastaron más de lo que tenían.

La austeridad en los gastos educa el carácter y aumenta el sentimiento de independencia, mientras que el derroche induce a la ligereza y la ruina. No compres «porque todos lo tienen». Piensa en los millones de pobres del mundo que no tienen nada. Con ese dinero que ahorras, por no gastar en cosas superfluas, puedes ejercer la caridad, amar de forma generosa y desinteresada. Y esto es un sabroso manjar espiritual del que no te debes privar. Pruébalo, por favor; verás que alegría te proporciona separar algo de lo tuyo, privarte con un pequeño sacrificio, ayudando con ello a los más pobres. La verdadera limosna no procede de lo que nos sobra, sino de lo que nos es necesario. La limosna nos tiene que doler. Aunque no seas rico, si consumes poco, siempre tendrás para ejercer la caridad.

Si no gastas
en cosas
superfluas,
siempre
tendrás para
practicar la
caridad.



La alegría del trabajo

La riqueza de un país proviene, no de sus fértiles llanuras, ni de sus riquezas forestales, ni de sus riquezas minerales... sino del trabajo de sus hombres, de la inteligencia que sabe usarlas con precisión.

El trabajo es uno de los mejores educadores del carácter, enseña a saber vencerse a sí mismo, a ser perseverante y pone en tensión el espíritu. Valora el trabajo el que se ve obligado por largo tiempo —enfermedad o desempleo— a la inactividad. Es uno de los mayores sufrimientos de los presidiarios, cuando se les obliga a estar sin hacer nada meses y años; basta para volverse loco.

Al mismo tiempo, el hombre que todo lo tiene, cuyos deseos se cumplen apenas asoman, pasará una vida con más espinas que flores, pues sin trabajo, la vida es un soñar vacío y vano. Por más rico que seas has de trabajar. De la inactividad nace la ruina moral y espiritual. Por esto, llega a decir San Pablo: «Quien no trabaje, que no coma» (II Tes. 3, 10).

Trabajar, no aparentar

No basta con aparentar que se trabaja. El perezoso es cruel verdugo de sí mismo. En medio del trabajo vuela el tiempo, mientras que se hacen eternos los minutos cuando no se hace nada.

Uno de los primeros medios para el robustecimiento de la voluntad es precisamente el trabajo que obliga al esfuerzo continuo y minucioso. Quien trabaja no tiene tiempo de estar descontento, de rebelarse contra su suerte. Aún más: el trabajo nos absorbe y hasta nos hace olvidar las pequeñas molestias y preocupaciones de la vida.

No basta con sentarse a estudiar, hay que estudiar. El estudiante perezoso puede aparentar que estudia, está sentado ante el libro abierto, lo mismo que los demás; vuelve las páginas de la misma manera o más todavía. Mira con tal seriedad las letras que hasta puede hacer que su madre lo acaricie con compasión: «¡Pobre hijito, te matas con tanto estudiar». Y, sin embargo, no hace sino aparentar que estudia. Su entendimiento va errante por todas partes. En su cabeza se acumulan pensamientos que nada tienen que ver con el estudio.

**No basta con
sentarse a
estudiar,
hay que estudiar.**



El libro de los Proverbios del Antiguo Testamento pinta magistralmente en pocos trazos al hombre perezoso que «quiere y no quiere» (Prov. 13, 4), que «se consume por sus propios deseos» (Prov. 21, 25), ya que toda su vida y todo su trabajo no son otra cosa que deseos y suspiros infructuosos. Ni por casualidad sabe decidirse a tiempo en sus tareas, exagera las dificultades y huye con miedo del esfuerzo. «El Algebra es extremadamente difícil, es inútil, no es posible aprenderlo», repite. Y cierra el libro antes de empezarlo. Todo lo prueba, de todo tiene vagas noticias, pero nada sabe como corresponde.

Hasta puede pasar con habilidad los años valiosos de su juventud en los centros educativos sin sacar de ellos el menor provecho. Si va a la escuela, es porque se le obliga. Si presta atención es muy a pesar suyo, teniendo el entendimiento muy lejos de donde está. Aparenta estar atento, pero no adelanta.

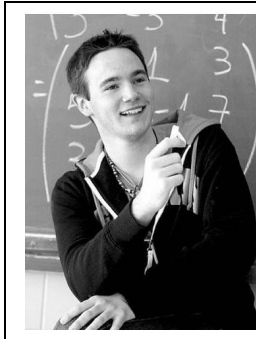
Para vencer la pereza, tendríamos que imitar al comerciante que seguía estos principios:

«No olvides que el deber principal de la vida es el trabajo. El tiempo es oro, no lo malgastes. Lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana. Da importancia a la cosa más insignificante. Haz que el orden gobierne tus acciones. Esfuérzate en hacer el mayor número de obras buenas durante toda tu vida. Trabaja con diligencia hasta el último momento de tu vida.»

La debilidad del activismo

Hay jóvenes de naturaleza especial que trabajan durante todo el día y siempre están ocupados. No obstante, por falta de perseverancia, son víctimas dignas de compasión por la debilidad de su propia voluntad. Siempre están atareados, no cesan un momento, pero no dedican más de diez minutos a una misma cosa: derrochan actividad febril pero inútil.

El trabajo a retazos, falto de orden, además de cansar mucho más que el estudio serio, carece de todo valor. El motivo es que la inteligencia humana no es capaz de prestar atención y retener eficazmente cuando se cambia sucesivamente de actividad.



**El que trabaja
con orden, se
cansa menos y
rinde más.**

El joven que mejor aprende y más rinde es aquel que mientras estudia se olvida por completo del mundo, no se da cuenta siquiera del ambiente que le rodea, del tiempo, de las dificultades y concentra su atención en un solo punto. Por tanto, no emprendas todo a la vez. Empieza un solo trabajo, prosíguelo con perseverancia, no toleres desalientos y no lo abandones hasta llevarlo a buen término. «Lo que haces, hazlo bien.»

Suele ser errónea la opinión corriente en nuestros días, según la cual son «activos» y de espíritu «creador» aquellos hombres que con nerviosa inestabilidad emprenden innumerables empresas.

¡Qué engaño! Los grandes descubrimientos que han significado un paso de la Humanidad en el campo de la cultura técnica y espiritual, han nacido del trabajo constante en el ambiente fértil del tranquilo escritorio, del laboratorio silencioso y de las calladas bibliotecas. Lo que hace a los verdaderos lumbreras de la ciencia, de la literatura, del arte y de la industria, es la diligencia constante, reposada, con ánimos para mantener un trabajo reconcentrado durante largos años.

No se escalan las cimas de las altas montañas en un instante; a esto se comprometerían muchos jóvenes, sino mediante el trabajo continuado de millares de pasos pequeños, a costa de trepar por las peñas, de remover obstáculos con perseverancia, de hacer pie... donde se pueda, y a base de resbalar muchas veces.

El héroe no es aquel que es capaz de llevar a cabo una o dos acciones atrevidas, sino el que sabe ejecutar con valentía las obras más insignificantes de la vida.

Cuando una gran pereza quiere apoderarse de ti, y vencéndola te aprendes del Algebra, eso es valentía.

Cuando te sientes tan bien por la mañana acurrucado entre las sábanas, y a pesar de ello saltas animosamente de la cama cuando suena el despertador, eso es valentía.

Cuando el sol de la primavera te convida a jugar a la pelota en vez de seguir estudiando para aprenderte la lección, y vencéndote a ti mismo te esfuerzas en seguir sobre el libro, eso es valentía heroica.

Cuando algo no te gusta y lo haces, a pesar de todo, con ánimo sereno y alegre, por que así lo exige la voluntad de Dios, eso sí que es valentía de héroe.



El caracol y la liebre

El caracol y la liebre se apostaron para ver quién ganaba una carrera. La meta sería el bosque cercano. El caracol emprendió su camino lento y tenaz. La liebre, con ilimitada confianza, se acostó en el suelo bajo los rayos esplendorosos del sol, y pensaba: «¡Imbécil! ¿Para qué se fatiga tanto? ¿A qué tantos sudores? En dos saltos le dejaré atrás.» El caracol seguía su camino arrastrándose, sudando, y, cuando la liebre se dio cuenta, no le faltaba más que un paso para llegar al bosque. «¡Atiza! Hay que correr», exclamó la liebre. Da un salto, da otro salto, pero antes de dar el tercero, el caracol ya estaba en el bosque.

La perseverancia y la diligencia vencen al talento. Ha habido muchos jóvenes de gran talento, con muchas cualidades, que se quedaron atrás por su inconstancia. Hicieron sus estudios con buenas calificaciones, pero en la vida no dieron fruto, precisamente porque no estaban acostumbrados a un trabajo sistemático. No llegaron a nada. Por otra parte, muchos de los que han triunfado en la vida, durante los años de estudio no tenían más que un talento mediano, pero supieron compensarlo con diligencia férrea y con trabajo constante y sistemático.

Por eso corre un gran riesgo el que fácilmente aprende: «¡Yo no tengo que estudiar; tengo talento!» Pero el talento no es una ciencia, sólo es un medio para alcanzarla. Y muchos jóvenes de buenas cualidades fracasan porque no hacen fructificar el talento que Dios les ha dado.

El trabajo tenaz y esforzado, la paciencia constante, son como el agua que fluye tranquila durante siglos y va cavando un cañón profundo. «La labor perseverante vence todas las dificultades» (Virgilio).

De poco sirve el genio sin dedicación apasionada e intensa. Las creaciones científicas o artísticas más gloriosas del espíritu humano las debemos, no a la llamada momentánea del genio, sino a la perseverante diligencia de la hormiga. Lo importante es tener una meta clara en la vida y con voluntad firme y constante tender hacia ella. Sin diligencia constante

nada se logra. Aunque no sea un genio, si puedo proponerme para mi vida un fin elevado y tratar de alcanzarlo con perseverancia tenaz.

Todos
necesitamos
de una meta
clara en la vida
y una voluntad
firme y
constante para
alcanzarla.



¿Sabes cuánto tiempo empleó Dante para su obra de fama mundial, *La Divina Comedia*? Treinta años justos. Y Dickens, el gran escritor inglés, dice de sí que cada libro le costaba un trabajo inmenso.

Prescott, el célebre historiador americano, estaba casi ciego cuando para escribir su gran obra titulada *Fernando e Isabel de España*, le fue necesario aprender antes varios idiomas modernos, para los que dedicó diez años, ya en la madurez de su vida.

Newton, el gran astrónomo, escribió quince veces su *Cronología*, hasta que pudo darse por satisfecho. Cuando le preguntaron cómo pudo hacer sus descubrimientos, contestó con modestia: «Sencillamente, estaba soñando siempre con ellos.» Todo su descanso consistía en cambiar sus estudios y alternar los temas.

Cuando Tiziano, el pintor de fama universal, envió a Carlos V su cuadro célebre, *La última cena*, le escribió lo siguiente: «Mando a Vuestra Majestad un cuadro que me ha costado siete años de trabajo diario, muchas veces quitándole horas al sueño.»

Para escribir *La Eneida* Virgilio gastó veinte años, y estuvo a punto de destruirla antes de morir por no considerarla bastante buena.

Fenelón transcribió dieciocho veces su célebre obra educadora *El Telémaco*, y todavía en la última copia requirió muchas correcciones.

Edison era todavía niño cuando pasaba la mitad de las noches leyendo; no leía novelas, sino tratados técnicos de mecánica, de química y de electricidad.

Tolstoi ejercía una autocrítica muy severa de sus obras, y decía que el oro sale a la luz del sol después de pasarlo por el tamiz y lavarlo repetidas veces; no corregía tan sólo los borradores, sino también las copias, de suerte que algunas veces el texto definitivo era la tercera transcripción, pero había pasajes que corregía aún más veces.

Stephenson trabajó durante quince años en el perfeccionamiento de su locomotora. Esta constancia y tenacidad la había educado desde niño. Sus

padres, pobres como eran, no tenían medios para poder mandar a la escuela a su hijo. Estando trabajando doce horas diarias, robaba tiempo a la noche para poder aprender a leer y escribir. Tenía diecinueve años cuando llegó a escribir su propio nombre. Aprovechaba cualquier momento para estudiar, hasta el descanso de la comida.

Roberto Peel, uno de los oradores de más fama que ha tenido el Parlamento inglés, refutaba con inigualable memoria todos los argumentos, uno tras otro, de sus contrarios políticos. Y, sin embargo, su inteligencia no pasaba de la medianía. ¿De dónde le vino aquella memoria excelente? Se debió a que cuando niño, al volver de la iglesia, su padre le hacía subirse a una mesa y recitar el sermón. Al principio, como es natural, le costaba; pero este ejercicio llegó a darle tal agudeza a su entendimiento que repetía los sermones idénticos casi palabra por palabra.

Watt necesitó treinta años para diseñar la máquina condensadora de vapor. Herschel requirió fabricar para uno de sus telescopios un espejo cóncavo. Hizo más de doscientos espejos cóncavos antes de fabricar el que verdaderamente le convenía. Pero al fin lo consiguió.

En la vida, los éxitos no se alcanzan con momentáneos arranques, sino con diligente constancia durante años. Es la paciencia activa la que levantó, a costa de enorme trabajo, las pirámides de Egipto. Gracias a ella los monjes medievales copiaron las obras que nos legaron los clásicos griegos y latinos. La base de todo adelanto está en la diligencia inquebrantable, en el esfuerzo moderado pero continuo, y no en una llamarada fugaz.

Los éxitos no se alcanzan con momentáneos arranques, sino esforzándose tenazmente durante años.



Educación de la voluntad

Los sentimientos, la imaginación y el temperamento ejercen gran influencia sobre la voluntad. Como es casi imposible dominarlos por completo, la voluntad del hombre no goza de plena libertad. Has podido verlo por propia experiencia: una mañana te despiertas con sentimientos tristes, abatido; otro día, en cambio, saltarías continuamente de alegría; pero en vano buscas la causa de estos cambios de humor, no sabes a qué se deben.

Lo mismo sucede con la fantasía. Un día, sin motivo especial, revives el recuerdo de acontecimientos lejanos en tu memoria, o bien te sobrevienen

pensamientos pesimistas: la imaginación te pinta dificultades enormes, obstáculos invencibles ante tu trabajo, sólo para quitarte el ánimo.

Aunque no seamos completamente dueños de nuestros sentimientos y de nuestra imaginación, hemos de extender también el dominio de la voluntad en lo posible a estos terrenos. Sé dueño de tus sentimientos y coge las riendas de tu imaginación. ¿Te has despertado de mal humor? Es igual. Esfuérzate por sonreír, cantar con alegría, y ya habrás vencido en parte tus sentimientos.

¿Has de resolver un problema de Algebra? Tu fantasía te exagera las dificultades: «¡qué difícil es este problema! ¡Cuánto tendré que trabajar para resolverlo!» Tú, en cambio, di para tus adentros: «No es verdad: la imaginación me engaña. No es tan terrible como parece. Ella me pinta exageradas las dificultades. Cuanto mayor sea la dificultad, tanto más quiero emprender el trabajo.»

**La imaginación
me engaña.
No es tan
terrible como
parece.**



Muchos crímenes, discordias, peleas, envidias, ofensas, riñas, no provienen de una mala voluntad sino de una voluntad débil, no ejercitada en dominar los sentimientos intensos. Podemos vencer, por ejemplo, un leve mal humor sin ningún esfuerzo especial; y, no obstante, cuántos hombres sufren por este mal humor, porque su pereza les impide hacer un pequeño esfuerzo.

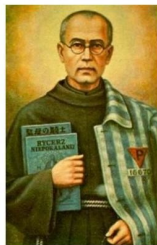
La educación de la voluntad va a la par de la educación de los sentimientos. Los sentimientos influyen en el espíritu no sólo para movernos a querer, sino también para querer de buen grado y con perseverancia. La voluntad que funciona sin sentimientos puede convertir al hombre a la larga en un ser sin corazón, egoísta, testarudo, en una caricatura de una personalidad armónica. Toda obra buena es mucho más fácil de realizar y de mantener con el calor del corazón que con la fría luz del entendimiento.

Cuerpo y alma están en íntima dependencia. Si estás abatido y una tristeza sin causa se apodera de tu alma, intenta sonreír, frota con alegría tus manos y verás que tu tristeza empieza a desaparecer. Si un dolor físico te molesta, ocúpate en pensamientos agradables y llegarás a olvidar en parte tu dolor.

De cualquier desgracia que te sucediere procura sacar algún provecho espiritual. ¿Te pisa alguien en el pie? No saltes enfadado, sino di para tus

adentros: «A costa de este dolor seré capaz de dominarme más a mí mismo.» Ser dueño de los propios sentimientos, sin dejarse arrastrar por ellos, es el grado más alto de la perfección espiritual.

**De cualquier desgracia que
te suceda procura sacar
algún provecho espiritual,
tal como lo hizo San
Maximiliano Kolbe**



Capítulo III

Medios para formar el carácter

Quiérello

La palabra *¡Quiero!* tiene una fuerza maravillosa. Gracias a ella se torna posible lo que parece imposible. Algunos, al contemplar los Alpes, cubiertos de nieve y hielo, exclamaron: «Es imposible atravesarlos». Aníbal y Napoleón pensaron de otra forma: «Quiero... es necesario». Y pasaron con ejércitos enteros por encima de los Alpes.

Cuántas veces dices: «Si quisiera, haría esto o aquello! Si quisiera, podría tener las mejores notas. Si quisiera, sería puntual. Si quisiera, podría rezar siempre las oraciones de la mañana y de la noche...» Quieres suponer que tienes voluntad, pero nunca das pruebas de tenerla. Pues, bien: ! Quiérello! Lo que puedes, sólo lo verás después de probarlo. Pero, ¡pruébalo siquiera una vez, y quiérello de veras!

No tenemos una voluntad fuerte; he ahí la fuente de casi todos nuestros defectos. Si la tuviéramos, entonces de un solo golpe nos libraríamos de todas las debilidades.

El hombre no será verdaderamente libre mientras no sea firme su voluntad. Una voluntad fuerte no es un don que traemos al mundo al nacer, sino un tesoro que cada cual ha de conseguir a costa de arduas luchas.

Una voluntad
fuerte sólo se
adquiere a costa
de arduas
luchas.



No podemos tener gratuitamente una voluntad firme, ni podemos exclamar en un instante: «De hoy en adelante tendré una voluntad recia»; sino que has de trabajar seriamente para lograrla.

La voluntad no será fuerte si no logras dominar tus sentidos, tus sentimientos, tu imaginación y tu cuerpo. Cuando lo logres, entonces realmente tendrás libertad de espíritu: tus aspiraciones más nobles predominarán sobre tus deseos materiales.

La voluntad es como una semilla sembrada en tu alma: si la cuidas con esmero se desarrollará, crecerá y será como un roble que resista los huracanes; no ocurrirá esto si la descuidas, no dando importancia a las pequeñas faltas.

La libertad de espíritu sólo se alcanza lentamente, tras un continuo pulimento propio, mediante pequeños esfuerzos, constantes y animosos. Por esto caminan a nuestro alrededor tantos hombres que arrastran las cadenas del pecado: porque temieron aceptar el duro trabajo de los esfuerzos cotidianos.

«Podría, si quisiera.» Pues quíerelo. Pruébalo. Quien desea ser un hombre ha de quererlo de verdad.



Del «quisiera» al «quiero» va la misma diferencia que de los perritos de compañía a los mastines que guardan la casa. Aquellos raquíticos animalitos no saben ni morder ni ladrar, ni hacer labor de provecho; tan sólo comen y lloriquean. El mastín que guarda la casa no gimotea, sino que ladra con fuerza, y cuando es necesario muerde al huésped inoportuno. Así también, el joven que tiene voluntad no lloriquea, sino que ladra a las tentaciones de la pereza y del pecado, es decir, está vigilante; muerde a sus enemigos, haciéndolos huir, es decir, no transige con sus enemigos, no juega con ellos, sino que les opone rostro con voluntad firme y no pierde de vista el fin que se propuso hasta lograrlo.

¿Quieres tener las mejores notas? «¡Quiérelolo!» Pues bien, date órdenes a ti mismo: «¡Media vuelta a la derecha!» Es decir, fulanita, coge al punto la lección de mañana, pero en seguida, y no «ya la empezaré la semana que viene»; y «un—dos—, un—dos—...! adelante con esta lección. Tu mesa de trabajo es el yunque en que fraguas tu porvenir.

¿Quieres ser puntual en tus oraciones de la mañana y de la noche? «¡Quiérelolo!» Entonces empieza a rezar esta misma noche, aunque tengas muchas cosas que hacer. Siempre dispones de cinco minutos para ello.

«Y por la mañana hay que correr para llegar a tiempo.» Bien; pues ¿qué dificultad hay para que te levantes cinco minutos antes?

Quién no tiene voluntad disciplinada...

Quien no posea una voluntad disciplinada y obediente, será incapaz de cumplir cualquier deber serio y abnegado. Tú mismo conoces estudiantes de quienes no se puede decir que sean inactivos y, sin embargo, nada adelantan en los estudios. Ya los hemos descrito más arriba. Los pobres trabajan, aun más que los otros, pero sin resultado. No saben concentrarse en el estudio, porque no tienen voluntad. Se mueven continuamente, pero no emprenden cosa alguna con seriedad. El libro de texto está continuamente ante sus ojos, pero a cada cuarto de hora le toca el turno a un libro distinto, porque el anterior «¡es tan terriblemente aburrido!» Continúan atareados, pero temen el más pequeño esfuerzo; y sin esfuerzo no hay trabajo provechoso.

Por no esforzarse no hacen sino disponer tan hábilmente la inactividad que parece una actividad febril. Al final del curso se quejan con amargura de lo mucho que han trabajado y, no obstante, sacan malas notas. Y cuando ya sean hombres, ¿qué será de ellos? Hombres que se dejan arrastrar por la impresión del momento, que no tienen principios, que se olvidan fácilmente del deber, que van pasando por la vida sin plan y sin objetivo. ¡Pobres! ¿Qué falta es la suya? La flaqueza de su voluntad.

Quien no posea una voluntad disciplinada no será un buen observador. La facultad de observar con exactitud y rapidez es imprescindible para adquirir conocimientos. Para emplear bien y aprisa tus sentidos, para distinguir lo principal de lo secundario, para ver con claridad la situación del momento y obrar en consecuencia, para todo esto necesitas una voluntad fuertemente disciplinada.

Quien no tenga una voluntad disciplinada no sabrá pensar, no sabrá instruirse. El conocimiento y la conquista de la verdad requiere duro trabajo.

Quien no posea una voluntad disciplinada apenas adelantará en los estudios.



El joven con voluntad débil es impaciente con la lectura. Continúa volviendo las hojas del libro. Corre nervioso tan sólo para terminar cuanto antes. No saca ningún provecho.

Quien, en cambio, tiene una voluntad disciplinada, lee despacio, meditando, repasa las frases importantes, no acepta ciegamente todas las afirma-

ciones, sino que las piensa, para ver si se ajustan, en efecto, a la verdad lo que afirma el autor; toma notas de las cosas interesantes, etc. Sólo de este modo se pueden adquirir conocimientos nuevos. Pero para eso se necesita fuerza de voluntad.

Quien no disponga de una voluntad disciplinada no podrá tener buena memoria.

Muchos muchachos creen haber cumplido con sólo leer la lección y así contestan cuando se les pregunta: «Señor profesor, sé la lección, sólo que no la recuerdo». O bien, si se les encargó algún trabajo y ellos «se olvidaron» de hacerlo, creen que «olvidarse» ya es una excusa.

Sin embargo, la falta de memoria proviene por lo común de una voluntad indisciplinada. Si no te viene a la memoria un nombre o un acontecimiento, no has de mirar en seguida el libro, sino esfuérzate, intenta recordarlo, aunque te cueste sudores; y así robustecerás tu voluntad. Si tienes un encargo que cumplir, no hagas un nudo en el pañuelo, sino piensa muchas veces al día en tu deber; propónte recordarlo con frecuencia, y verás cómo no se te olvida.

Sólo quien se ejercita continuamente de esta manera podrá curarse fácilmente de la falta de memoria. En cambio, si el joven no lucha contra su falta de memoria y va creciendo con este defecto, no podrá emplearla en la vida, y tendrá continuos disgustos.

Demóstenes

A la edad de siete años perdió Demóstenes a su padre; su astuto tutor lo despojó de toda su fortuna. En una ocasión, el muchacho asistió a un juicio y oyó el discurso del defensor, y cuando el pueblo acompañaba en triunfo al orador, decidió dedicarse también a la elocuencia.

Desde entonces no tuvo otro pensamiento. Pero la tarea no era fácil. A su primer discurso, la multitud levantó tanto alboroto, que hubo de interrumpirlo, sin poder llegar al final. Abatido, discurría por la ciudad, hasta que un anciano le infundió ánimo y le alentó a seguir ejercitándose. Se aplicó entonces con más tenacidad a conseguir el propósito concebido de antemano. Era el blanco de burlas continuas por parte de sus contrarios; pero él no se preocupaba. De vez en cuando se apartaba por completo de los hombres, y en grutas subterráneas seguía ensayando sus discursos. Tartamudeaba un poco al hablar. Para remediar este defecto y para que su lengua se moviera sin trabazón poníale una piedrecita debajo, se iba a la orilla del mar y gritaba con todas sus fuerzas. Como sus pulmones eran débiles, para robustecerlos daba grandes paseos al aire libre, y recitaba en voz alta discursos y poesía... Siempre que oía una discusión se iba al punto a su cuarto, pensaba una y otra vez los argumentos de ambas partes y procuraba ver quien tenía razón. Con este tipo de autoeducación poco a poco corrigió sus defectos, y llegó a ser un orador tan formidable que sus discursos, hoy todavía, después de dos mil trescientos años, siguen siendo un modelo que deben estudiar cuantos desean destacarse en el campo de la

oratoria. Y, sin embargo, de niño era un pobre huérfano tartamudo. ¡Qué admirables fuerzas están latentes en el hombre! Todo gracias a su voluntad tenaz.

La regla más importante para robustecer la voluntad es la siguiente: Ejercítate cada día en vencerte a ti mismo aunque sólo sea en algo insignificante, y así, tras un ejercicio de años, alcanzarás una fuerte voluntad. Sólo lo conseguirás mediante innumerables ejercicios.

Ejercítate cada
día en vencerte
a ti mismo
aunque sólo sea
en algo
insignificante...



Quien desea hacer hábiles ejercicios sobre la barra fija o las paralelas, ha de ejercitarse antes varios años en los movimientos más elementales del brazo, de la pierna, de tensión del cuerpo, etc.

Si alguien desea tocar bien el piano ha de repetir años y años las escalas más ingratas. No se puede tocar una pieza de Beethoven de improviso; para llegar a ejecutarla se necesitan constantes ejercicios.

¿Y cómo ha de tener una voluntad recia en las luchas decisivas el que no sabe dominarse ni siquiera en las pequeñas?

Cuánto más débil es la voluntad tanto mayor la necesidad del ejercicio. Parece insignificante el copo de nieve, pero muchos copos juntos pueden unirse y formar aludes que arrastren casas y árboles.

¿Cuál es el joven que no ejercita su voluntad sino que la debilita más todavía? El joven al que se le facilitan todas las cosas, que tiene de todo y que nunca sabe negarse nada, a quien no se le manda nada ni se le exigen responsabilidades. Estos jóvenes se vuelven tiranos de sus propios padres. ¿Por qué motivo? Porque la furia de los instintos, la pequeña fiera no domada que anida en ellos, salta continuamente.

Podríamos así distinguir tres tipos de jóvenes con voluntad débil:

Los primeros son los jóvenes comodones, amigos de lo fácil y de lo agradable, que no saben decir nunca «no» a lo placentero, aunque no sea conveniente ni bueno; para éstos, la mejor escuela de voluntad es el sacrificio, la abnegación, la privación.

Hay otros alegres, lo emprenden todo en seguida y a la carrera, pero no tienen paciencia, perseverancia; éstos deben ejercitar su voluntad en la constancia del trabajo empezado, en la calma, en la tenacidad. Vivarachos e hiperactivos, no saben pensar reposadamente y obrar con premeditación

Los del tercer tipo son los soñadores, demasiado silenciosos; para éstos, una vida de acción debe ser la escuela de su voluntad.

Cuánto más débil sea tu voluntad, más debes ejercitarla.



Absténte

El refrenamiento de los sentidos, el dominio de sí mismo, la abnegación, el tener a raya los deseos, no son un fin pero sí son un medio para alcanzar la libertad de espíritu, para someter el cuerpo al espíritu. Por eso debes sacrificarte muchas veces en cosas pequeñas. Por ejemplo: haz con alegría tu tarea, aunque te resulte cuesta arriba; prívate de cuando en cuando de alguna diversión, de algún placer, de algún plato, por mucho que lo desees, etc. Estos ejercicios de voluntad te servirán de entrenamiento para lograr tener una voluntad fuerte.

Los romanos llamaban *virtus* tanto a la virtud como a la fuerza; esto significa que no hay virtud sin esfuerzo y sin victoria alcanzada sobre nosotros mismos.

Tanto la ciencia especulativa como la misma vida diaria dan la razón a las palabras de Jesucristo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mt 16, 24). No es buen jardinero el que, por sentimiento de compasión, no poda inexorablemente del rosal los retoños excesivos. Como no da rosas el rosal que jamás sintió el filo de las tijeras. De modo análogo, no tendrá voluntad fuerte el joven que nunca supo negarse ninguno de sus deseos. Por eso Tomás de Kempis escribe sabiamente en la Imitación de Cristo: «Tanto adelantarás en el bien cuanto sepas dominar tu voluntad.»

No hay virtud sin esfuerzo



Llaman un día a la puerta de Macario, ermitaño del desierto: «Padre —le dice desde fuera un labrador—, le traigo un precioso racimo de uvas. Acéptelo, le servirá de refrigerio.»

Macario toma con gratitud el presente y bendice al hombre; pero cuando mira el apetitoso racimo, se dice para sus adentros: «¿No lo necesita acaso más que yo el venerable ermitaño que vive a mi lado?» Lleva el racimo al anciano ermitaño vecino suyo. Éste lo toma con gratitud y alegría, pero después, estando ya a solas, se pone a pensar: «¡Qué bien sentaría este racimo al hermano Nazario que está enfermo!» Y se pone en camino para llevárselo. Pero Nazario tampoco quiere comerlo: «¿Cómo podría yo comer esto? A mi Salvador le dieron a beber hiel en la cruz. Yo quiero ser discípulo suyo.» De esta forma va peregrinando el racimo de una celda a otra, hasta el ocaso del sol, cuando uno de los ermitaños llega para ofrecerlo, a su vez, a Macario. El anciano quedó enormemente contento al verlo de nuevo; se alegraba por tener compañeros tan generosos y olvidados de sí mismos.

Esto es fuerza de voluntad. Estos hombres sabían lo que es la abnegación, la renuncia. Sabían abstenerse. Haz algo tú semejante cada día. Cada día haz algo que te cueste.



Sólo poseemos aquello que podemos privarnos. Somos esclavos y no dueños de aquellos tesoros que consideramos imprescindibles. Quien pretende educar a los hombres, debe dominarse primero a sí mismo.

No pierdas ningún día. Hay hombres que toman la resolución de realizar todos los días una obra buena. Y si por la noche notan que durante ese día no se han ejercitado en el bien, se reprochan a sí mismo con estas palabras: «He perdido este día.»

Ejercítate

Ejercítate tú también en vencerte cada hora, cada día. No necesitarás buscar mucho la ocasión: se te ofrecerán a millares, aun en tu vida de estudiante.

Aquí te propongo algunos ejercicios:

Si no puedes evitar algún mal, un dolor, una prueba... no te quejes, súfrela con paciencia. No lloriquees: «¡Ay, qué sed tengo!», «¡Ay, cuánto me duele la cabeza!», «¡Ay, cómo me aprieta el zapato!». Acuérdate de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, y sufre, sufre sin decir palabra.

Lo que has decidido tienes que hacerlo. Cueste lo que costare; no importa. Lo que has empezado no lo dejes a mitad de camino. Hay jóvenes que cada cuarto de hora esbozan nuevos planes sin rematar uno solo felizmente.

Cumple con escrupulosa fidelidad el deber de cada día, hasta el más pequeño deber. Porque si vale la pena hacerlo, vale también la pena de que lo hagamos bien.

Si hay que
hacerlo, hay
que hacerlo
bien.



Ahí tienes la lucha matutina con la almohada, lucha en que tantos jóvenes quedan vencidos; si suena la hora, salta en seguida de la cama.

Domina siempre tu humor, sea cual fuere, bueno o malo. Has de moderarte hasta en las alegrías, en el entusiasmo. Lo mismo en el hablar que en el callar.

Medio fenomenal para robustecer la voluntad es el tener a raya nuestros sentidos. No dejes vagar la mirada continuamente. No mires todo lo que excita tu curiosidad. Una gran muchedumbre se agrupa en la calle; la curiosidad te importuna por dentro. No importa. Quiero ejercitarme un poco en vencerme a mí mismo. No iré, y... no iré a ver lo que pasa.

Y domina también tu lengua, lo que resulta terriblemente difícil. No descubras el secreto que se te ha confiado. No divulgues maliciosamente las faltas de los demás. No murmures. No punzes con traidora ironía a los presentes y no hables mal de los ausentes. No te extasíes oyéndote a ti mismo hasta el punto de no dejar respiro a los demás ni ocasión para que puedan hablar. No presumas de tus propias hazañas. Por último, persevera siempre en la verdad, aunque sea en detrimento tuyo. No mientas nunca, ni en las cosas pequeñas, aunque pudieras lograr grandes ventajas a cambio de una pequeña mentira.

También el momento de la comida brinda muchas ocasiones para dominarte a ti mismo en el ejercicio de la abnegación. Para ello, no busques lo que más te gusta, no llenes el estómago, no comas con voracidad.

El momento de la comida brinda muchas ocasiones para ejercitarte en la abnegación



¿Ves cuantas ocasiones se te presentan? Pero debes ejercitarlas y no contentarte con saberlas. A nadar se aprende, no leyendo, sino nadando. Y en las paralelas nunca sabrás imitar el vuelo del águila por mucho que te lo expliquen, si no te ejercitas todos los días.

«Procedan según el espíritu, y no satisfagan los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a la carne», nos avisa San Pablo (Ga 5, 16—17).

¿Quién de vosotros no ha sentido esta lucha, esta guerra entre el bien y el mal, que nos hace decir a veces como San Pablo: «Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor» (Rom 7, 22—23).

Por tanto, si deseas ser libre no retrocedas ante la guerra sin cuartel contra la propia comodidad y regalo. No pases ningún día sin realizar algún sacrificio.

David se hizo famoso por su gesto heroico, haciendo morder el polvo al gigante Goliat. Pero esto no es lo más admirable de él. Ya nombrado rey, un día se encontraba con sus tropas frente a los filisteos, entre Belén y Jerusalén; el calor sofocante había secado todos los riachuelos y fuentes; entonces suspiró: «¡Ah, si alguno me diera a beber agua de aquella cisterna que hay en Belén junto a la puerta!»

Oyen el suspiro tres soldados de los más valientes, y pasan a través de las filas filisteas, y, en medio de continuos peligros de muerte, traen el agua a su rey. David, atormentado como estaba por una sed abrasadora, derrama en el suelo el agua tan anhelada en «libación... en obsequio del Señor», con estas palabras: «¡Y yo bebería la sangre de estos hombres que han ido a exponer su vida!» (II Reyes, 23, 14—17).

¿Qué sacrificó David? Nada más que un sorbo de agua.

¿Qué perdió con el sacrificio? El placer de un solo momento.

¿Qué ganó? El respeto profundo y entusiasta de sus soldados, el robustecimiento de su voluntad y la gracia de Dios, ya que ofreció el agua en obsequio del Señor.

Las hazañas heroicas están hechas de pequeñas cosas, lo mismo que los sacrificios agradables a Dios.



Los antiguos griegos pitagóricos llenaban su mesa de platos exquisitos; sentábanse ante los manjares escogidos con el estómago vacío, y, después de haberlos mirado largo rato, se levantaban y se iban sin haber tocado nada.

¡Qué tontos eran!, exclamará alguien. Pero si tú lo meditas con serenidad, indudablemente sentirás el respeto que impone un gesto heroico. Porque sabían muy bien estos paganos la importancia decisiva de vencerse a sí mismos, de la abnegación, del ejercicio de la voluntad.

Ejercítate tú también renunciando a algunas cosas y verás cómo el gozo comienza a manar de las fuentes de tu alma, porque ha brotado de un golpe de azadón, es decir, del esfuerzo doloroso de tu abnegación. Este gozo, esta alegría profunda, nace siempre que dominas un deseo, una inclinación, siempre que haces un sacrificio para cumplir con tu deber, siempre que eres generoso con los demás.

El gallo del pintor japonés

Cuenta una leyenda japonesa que un comerciante rico hizo un encargo peculiar a un pintor. Debía pintar un gallo, pero con la mayor fidelidad posible. Después del encargo, el comerciante esperó varios años sin que tuviera ninguna noticia del pintor. Por fin, llegó a cansarse de tanto aguardar, y se fue a ver qué pasaba con el cuadro. Todavía el pintor no había comenzado el cuadro. Pero el pintor hizo sentar al comerciante, se puso a trabajar, y al cuarto de hora tuvo acabado el cuadro. Una obra maestra, irreprochable. El comerciante se entusiasmó... Cuando llegó el momento de pagar quedó espantado al oír la enorme suma que el pintor se atrevía a exigir por aquel trabajo de «un cuarto de hora» y estalló en indignación. Para contenerle, el pintor, con un gesto, señaló el montón de papeles que inundaban todo el estudio. En cada hoja había dibujado un gallo. «Estos cuadros los he pintado durante tres años, y sólo mediante tan largo ejercicio he logrado la destreza necesaria para poder hacer en tan breve tiempo y con

tanta perfección un cuadro del mismo asunto. Ahora bien, he de cobrar el precio de mis largos ensayos», dijo el pintor. El comerciante le dio la razón, y pagó la suma pedida.

Para el pintor cada nuevo cuadro resultaba más fácil que el anterior, y el último no le costó más que un cuarto de hora. Lo mismo en la educación, los principios siempre son los más difíciles. Cuanto más practiques el bien, más fácil te resultará. Si queremos que la voluntad nos obedezca en todo y que haga con facilidad y perfección el bien que nos hemos propuesto, hemos de ejercitarla continuamente durante años.

**Los principios
siempre son los más
difíciles. Cuanto más
practiques el bien,
más fácil te resultará.**



Puedes ejercitarte con mil pequeñeces, y con cuanta mayor frecuencia lo hagas, con más facilidad podrás permanecer dueño de ti mismo en las cosas importantes.

Por la mañana salta aprisa de la cama y di para tus adentros: «Un poco de dominio de mí mismo.»

Si te duele una muela, no te quejes, y di para tus adentros: «Un poco de dominio de mí mismo.»

¿Es muy sugestivo el libro y tienes que hacer otra cosa? Ciérralo en el pasaje más emocionante: «Un poco de dominio de mí mismo.»

¿Te entra un hambre devoradora y te sientas a la mesa? Espera unos minutos antes de empezar a comer.

Tus padres han salido, y tú les has prometido quedarte en casa para estudiar. A los cinco minutos llama a tu puerta Juan: «Javier, aquí están tus amigos; vamos a jugar un partido de fútbol». Fuera, una espléndida tarde de sol; dentro, en el cuarto sombrío, un fastidioso problema de Matemáticas. Se entabla la lucha: ¿has de decir «sí» o «no»? «He prometido que me quedaría en casa. ¡Sí! Pero los compañeros se reirán de mí si echo a perder el partido. ¡Qué bien si saliera un rato! Pero me regañarán mis padres. Y si vuelvo antes que ellos, sin que ni siquiera se enteren. Pero... ¿y el problema de Matemáticas? Pues muy sencillo: mañana diré que «me puse enfermo.» Pero esto no es verdad... Así van sucediéndose los argumentos. Los muchachos que acompañan a Juan se impacientan. Por fin, después de un duro combate, suelta la frase: «Han de disculparme, hoy no puedo ir...» Los muchachos se van, Javier se queda en casa. Quizás en los primeros momentos mira pesaroso cómo se van alejándose. Pero después se queda con la paz y la alegría del deber cumplido. En la segunda o tercera ocasión

ya no le costará tanto decidirse, y al fin, considerará la cosa más natural del mundo decir «sí» en seguida, cuando se trate de cumplir el deber.

Esfuézate por adquirir progresivamente una disposición continua, resuelta, sin titubeos, por hacer el bien. Sólo así llegarás a practicar el bien como por costumbre, con facilidad y alegría, sin pensar en los pros y los contras, volviendo las espaldas instintivamente al mal.

**Esfuézate por adquirir una
disposición continua y
resuelta por hacer el bien.**



Sé constante

Nuestro Señor Jesucristo nos dirige una seria advertencia: «Quien perseverare hasta el fin se salvará» (Mt 10, 22). Esta frase encierra una gran verdad, no sólo en relación con la vida eterna, sino con los éxitos terrenos.

Por falta de perseverancia se vienen a tierra muchas veces en el último momento el éxito de largos trabajos. No hacía falta más que la perseverancia de una sola hora, de un solo día... ¡pero hacía falta!

En una espléndida mañana de verano, dos jóvenes emprendieron el camino para escalar una cumbre. Ambos eran inexpertos en la montaña. Al ritmo de una canción alegre iban caminando de prisa, y riéndose dejaron atrás a un anciano que, al parecer, también se dirigía hacia la cumbre, pero con pasos tan reposados, tan lentos, que «hasta el caracol se arrastra más aprisa», observó uno de los jóvenes. Cuando a los diez minutos volvieron su mirada al anciano, les parecía una pequeña hormiga allá lejos, a sus pies. Pero los muchachos poco a poco empezaron a jadear cada vez más; al principio tomaban cada media hora de subida un descanso de cinco minutos; más tarde tuvieron que descansar un cuarto de hora. Y cuando hacia el mediodía se tumbaron, completamente agotados, junto a la orilla de una cascada, aparece de repente por el camino el anciano, y con los mismos pasos reposados y lentos como por la mañana, pasa delante de ellos, y sube... sube... cada vez más arriba... Otra vez parece una pequeña hormiga... Los dos jóvenes, en cambio, están tendidos sobre las rocas, presos de un cansancio que los paraliza. Porque para llegar a las alturas y alcanzar la cumbre no basta un arranque juvenil sino que es necesario una perseverancia reposada, siempre igual, constante.

Para llegar a la cumbre no basta tener un arranque juvenil, se requiere una perseverancia reposada, siempre igual, constante.



Saber sufrir con esperanza

La vida humana es una mezcla de momentos tristes y alegres. A veces, predomina el sufrimiento, se presentan dificultades, duras pruebas, empresas sin éxito, fracasos, mala inteligencia, enfermedades...

Hay quienes crisan el puño con coraje en medio de la desgracia y dejan caer de sus labios maldiciones a su suerte. Son espíritus rudos.

Hay quienes, impotentes y resignados, con la frente hundida, quebrantada el alma, lloran sobre lo irremediable: son espíritus débiles.

Hay otros, por fin, a quienes les duele vivamente la desgracia, que lloran sinceramente por la muerte de su madre y sufren cuando les hiere la enfermedad, etc.; pero saben, por otra parte, que es una prueba que Dios permite para su bien y mantienen, por tanto, la esperanza y la paz.

En todo cuadro vemos luces y sombras; el talento del artista está en la manera de cómo sabe fundir estos dos elementos en un conjunto armónico. Dios, mi Padre, conoce mis males; por tanto, si permitió que me visitara esta desgracia, seguro que tenía un plan. ¿Qué plan? ¿Quién va a saberlo sino sólo Él? ¿Me castiga por el pasado? ¿Me fortalece por el porvenir? ¿Quiere purificarme y probarme? ¿Quiere que sea más reflexivo en mi sentir y obrar? ¿Qué sé yo? En cambio, se muy bien que todo es para mi bien, que he de salir del sufrimiento con el alma más cristiana, más pura. Mi oración será en estas ocasiones: «Hágase, Señor, tu voluntad, aunque no lo comprenda; Hágase, Señor, tu voluntad, por más sufrimientos que me acarree.»

Quando me visite el
sufrimiento:
*Hágase, Señor, tu
voluntad, aunque no
lo comprenda.*



Además, el sufrimiento soportado sin palabra de queja es un instrumento eficaz para moldear mi carácter y robustecer mi voluntad.

Todos los hombres, por naturaleza, desean librarse del sufrimiento, y si no lo logran, por lo menos quieren procurarse un alivio quejándose. Pero al no esforzarse por soportar con el alma tranquila lo irremediable, pierden la ocasión de fortalecer su voluntad.

Quien tiene una voluntad débil se verá hecho trizas, bajo los martillazos del sufrimiento, como un castillo de yeso. El hombre de carácter, en cambio, echará quizás chispas, como el acero, pero también se hará más resistente. Quien sabe conservar en el sufrimiento la confianza en la divina Providencia, no se sentirá anonadado por los golpes de la suerte.

El pesimismo, la tristeza, el abatimiento, invadía el alma de los hombres más nobles de la antigüedad pagana. No vislumbraban la vida eterna después de esta vida de sufrimiento. ¡Qué deprimentes resultan por ello las tragedias de Esquilo! El cristianismo, sin embargo, aunque no suprime el sufrimiento, le da sentido: es un medio que Dios permite para nuestro bien definitivo.

Puede ser que Dios Padre te conduzca a través de la vida como el guía de montaña que lleva al turista hacia las cumbres. «¡Por qué senderos pedregosos, duros, estrechos, incómodos, me ha conducido!», exclama el turista. «Si, señor, por senderos incómodos; pero sepa que si le hubiera guiado por los caminos llanos y fáciles, no estaríamos a estas horas en esta magnífica altura, sino acaso a la orilla de un pantano.»

«¿Por qué he de sufrir yo tanto?», exclamas. ¡Cómo vas a saber tú el porqué! Tan sólo Dios lo sabe. Mira una hermosa alfombra persa; flores, figuras, colores, forman un artístico conjunto. Pero míralo por el otro lado: una mezcla descabellada de hilos y de colores. Así es también la vida. Nosotros sólo vemos el reverso. El anverso, la cara verdadera, lo ve Dios. Junto al telar de la Historia está sentado Dios eterno, cuyos designios nos son desconocidos. Sus pensamientos no son los nuestros y sus caminos no son nuestros senderos.

Santa Catalina de Siena tuvo que luchar un día con una fuerte tentación. Cuando, a costa de grandes fatigas, logró librarse, se quejó con tristeza: «Jesús mío, ¿dónde estabas cuando las tinieblas envolvían mi corazón?» «Estaba en tu alma —contestó el Salvador—. Si no hubiera estado contigo, los pensamientos que sitiaron tu alma habrían penetrado también en tu voluntad y habrían causado la muerte de tu alma.»

El sufrimiento es un medio que Dios permite para nuestro bien.



Por tanto, no desmayes en el sufrimiento. Ésta es la labor de artista que hace Dios sobre el mármol de tu alma. Si el artista «tratara bien» a su mármol, ¿llegaría el mármol a ser una obra maestra, admirablemente tallada? Dios busca oro en tu alma; pero el oro no está en la superficie, hay que sacarlo con ansias y sudores en el fondo de la mina. No has de buscar el sufrimiento; pero si viene, míralo a la cara con la frente levantada.

Fieles a la verdad

Decir siempre la verdad es otro medio estupendo para ser hombre de carácter, sin doblez.

¿Por qué mienten los jóvenes? Muchas veces por miedo. Hicieron algo mal o prohibido y temen el castigo. Y, sin embargo, al mentir se redobra la falta, el pecado. Que diferente del que piensa: «¿Qué me pasará si lo confieso? Me reñirán.» Pues... ¡que me riñan! Al fin y al cabo, lo merezco. Por lo menos seré sincero.» Y así se decide a hablar: «Madre, he sido duro, precipitado, desordenado... desde hoy iré con más cuidado. Si quieres, ponme un castigo.» Muchas veces, después de semejante confesión, hasta se aminora o perdona el castigo. Pero, aunque no se perdonara, más vale que yo sufra por la verdad, y no al revés, que la verdad tenga que sufrir por mí.

Hay otros que mienten por cobardía. Se habla de algo que compromete, de moral, de religión... Ahora surge la discusión y llega el momento de dar tu opinión con franqueza, sin titubeos. No te atreves, te dan miedo sus ironías. Prefieres mentir. Eres cobarde.

Se puede mentir también por envidia, por celos. Se felicita a un compañero. «¡No se lo merece: tiene tales y cuales defectos», dices tú y mientes.

Se puede mentir para lograr ventajas: «No es verdad, no ha sido gol.» Y hasta puede inducir a mentir la fidelidad mal entendida: cuando alguien quiere ayudar con mentiras a un amigo.

Se puede mentir por vanidad: «Si supieras todas las aventuras que he tenido este verano...» Y, sin embargo, es pura invención.

Se puede mentir, no sólo con la palabra, sino con el silencio, con la hipocresía, con un comportamiento astuto y engañoso...

Miente también el que sólo dice la mitad de lo que piensa, el que va siempre con rodeos, el de medias tintas.

Decir siempre la verdad es un medio estupendo para ser hombre de carácter, sin doblez.



¿Vale la pena mentir?

Tarde o temprano sale al fin el embuste, y entonces se pierde sin remedio la confianza en el joven. ¿Puede concebirse situación más bochornosa cuando te cogen en una mentira?

Algunos piensan: «Le han cogido porque es un torpe. Hay que ser hábil para mentir. Hay que pensar antes bien qué contestar si me preguntan tal cosa o tal otra; así resultará...»

Y, sin embargo, el resultado no es duradero. «En vano se esconde el burro detrás de la puerta: se le ve la oreja», dice el refrán. Un día u otro caerá en contradicción; ha de alimentar una mentira con otra si quiere mantenerlas en pie, y para mantener la segunda mentira ha de mentir por tercera, cuarta o décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad se pisa en un terreno pantanoso, en que los pies van hundiéndose cada vez más. El mentiroso, al día siguiente, ya no se acuerda de lo que dijo ayer, y, al término del camino, le espera la vergüenza, la pérdida de su honor.

Pero supongamos que no llegue a descubrirse. Al entrar dentro de sí, resonará la voz de su conciencia: «No tengo carácter. Nadie se debería fiar de mí.» El remordimiento es bastante amargo.

Quien teme, baja la vista; teme que su mirada turbia lo delate.

Y si logra acallar hasta la misma voz de su conciencia, habrá un día, el del juicio final, en que Dios descubrirá toda astucia, toda mentira, toda maldad. «Abomina Dios los labios mentirosos» (Proverbios 12, 22). Dios es la verdad viviente: toda mentira es, pues, su negación y afea el parecido divino de nuestra alma.

El hombre de palabra

Hay ocasiones en que no es fácil ser fiel a la verdad, situaciones en que se ha de escoger entre la mentira y un grave contratiempo. A pesar de todo, el criterio ha de quedar firme: «Nunca mentiré.» Por otra parte, me amenaza

un grave contratiempo si manifiesto la verdad. ¿Qué he de hacer en estos casos?

La solución más sencilla es no contestar. Nuestro silencio advertirá a quien nos dirige la palabra que su pregunta nos es desagradable, y quizá no insista más.

Si se tiene bastante habilidad, se podrá dar una contestación que esquive la dificultad, que permita «escaparse por la tangente», «salir garboso», «desviar la pregunta», naturalmente sin mentir.

Si no es posible proceder de semejante manera, entonces, no hay más remedio que aceptar con heroísmo todas las contingencias desagradables por decir la verdad.

¡Qué nobleza de alma demuestra el joven que *no sabe mentir!*, cueste lo que costare. ¡Qué alegría poder confiar en una persona así!

¡Una gran nobleza de
alma demuestra el
joven que *no sabe
mentir!*



Dios quiso que la mentira fuese difícil al hombre. Por eso lo creó de manera que, en principio, se ruborice al mentir. Se puede aprender, sin embargo, a mentir de continuo sin rubor y con soltura.

El mentiroso emprende el camino de su degradación moral. Quien falta a la verdad, no sabrá respetar sus deberes y querrá abrirse camino en la vida de esta forma: si es funcionario público, se dejará sobornar; si es comerciante, cometerá fraudes; si es médico, matará a algunos pacientes, porque descuidó alguna «pequeñez» en sus recetas; si es farmacéutico, preparará mal la receta del médico por haberla leído superficialmente... etc.

La verdad a cualquier precio, debe ser tu consigna. Dice la Sagrada Escritura: «El que no tropieza en palabras es varón perfecto» (Santiago 3, 2). Negar la verdad es abdicar de la dignidad humana.

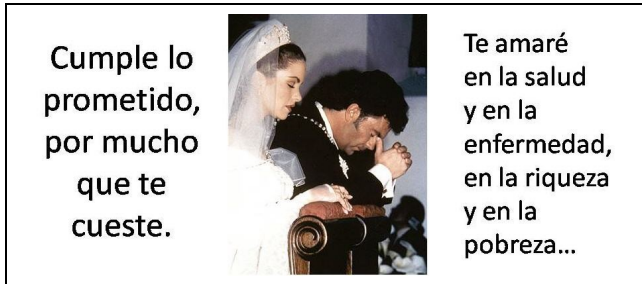
Nunca es necesario mentir, porque si en un solo caso nos permitimos la mentira, ya hemos derribado toda la ley. Si todos se excusasen con una mentira, nadie podría creer al otro. El hijo no podría creer a sus padres, ni los padres a sus hijos. En cada momento habría que sospechar: éste me quiere engañar. No se puede vivir de esa manera. La mentira es un insulto a la dignidad humana.

Quien cumple siempre su palabra nunca tendrá que acogerse al salvavidas de los que suelen mentir, al juramento hecho con ligereza: «Vendrás esta tarde al partido de fútbol?», «Sí», «¡Júralo! «¿Me prestarás el diccionario?», «Sí», «¡Júralo!» Y así sucesivamente.

No te dejes arrastrar. Es mucho mejor contestar en estas ocasiones: «Amigos, os aseguro que sí. No suelo mentir.»

No puedo remediarlo; si oigo jurar a un muchacho, pienso en seguida: Este joven, indudablemente, miente mucho, y ahora, por milagro, dice la verdad; pero como sabe que no suelen creerle, por eso la corrobora con un juramento. El que no suele mentir, no tiene por qué jurar.

Cumple siempre la promesa y la palabra dada. Antes piensa bien lo que vas a prometer. Pero si llegas a prometer algo, entonces, cueste lo que costare, has de cumplirlo. El mentiroso no tiene honor. Guarda tu fama, aunque pierdas lo demás.



Sé sincero contigo mismo

Quiero llamarte la atención sobre una cosa: sé sincero, no sólo con los demás, sino contigo mismo.

Pero ¿y esto, a qué viene?, estarás pensando.

Tras realizar cualquier acción, pregunta a tu conciencia si aprueba lo que has hecho. Pero no te engañes a ti mismo. Si te atreves a ser sincero contigo mismo, cuántas veces habrás de reconocer que no es verdad que «no he tenido tiempo para preparar la lección»; y que cuando mirabas aquella mujer desnuda, no es verdad que «has querido estudiar su belleza artística», y que cuando te has enredado en una conversación obscena no es verdad que «lo hacía por bromear», sino que he sido un cobarde que reniega de sus principios morales.

Habla reiteradamente contigo mismo en el silencio para que así llegues a conocerte cada vez mejor. Y, sobre todo, sé sincero con Dios. Dios es la verdad eterna y todo lo ve. No puedes engañarle.

La vida humana se forma con eslabones de pequeñas acciones. Uno a uno parecen de poca monta, de insignificancias, y, no obstante, son ellos los que integran la vida.

Todas las grandes caídas morales tuvieron por principio un leve tropiezo. El que sabe guardarse de las faltas pequeñas, se guardará de las grandes.

Observa en qué tropiezan la mayoría de los hombres de la calle. ¿En grandes piedras que encuentran por su camino? No. Estas las notan ya de lejos. Pero resbalan al pisar, por casualidad, un hueso de cereza, y caen.

Napoleón tenía grandes cualidades y habría podido servir muchísimo a la Humanidad. Pero le hizo tropezar, y causó su propia perdición, un solo defecto: su vanidad sin medida.

La perdición de muchos jóvenes empieza por pequeñeces inocentes, como no cumplir alguna que otra regla de disciplina escolar, excusando con pequeñas mentiras su pereza, pasando el rato sin hacer nada...

De las acciones repetidas se forma el hábito: de las acciones malas, nace la mala costumbre, el vicio; de las buenas, la buena costumbre, la virtud.

¿Por qué tienen tanto poder las pequeñeces? Nada se pierde en el mundo sin dejar huella. Lo que tiene consecuencias importantes y graves no puede ser una pequeñez, por insignificante que parezca.



Los pequeños hilos y Gulliver

Los hábitos en el alma humana se parecen a los lagos helados en que juegan los niños. Al principio la superficie del hielo no está lisa y no es posible patinar sobre ella; pero ahí se meten los muchachos, y, a medida que van pasando sobre el hielo, lo igualan y alisan; al fin, lo han convertido en una pista por la que se deslizan con facilidad. Algo semejante nos sucede con las acciones: cuantas más veces hacemos algo, bueno o malo, tanto más nos acostumbramos, y nos deslizamos ya sin poder pararnos en la dirección tomada.

¿Conoces el cuento de Gulliver? Cuando llegó al país de los enanos parecía un gigante entre ellos. Y, sin embargo, le jugaron una mala pasada los liputienses. No tenían, en verdad, cuerda bastante resistente para sujetarle. Tranquilo se quedó dormido, sin prestarles ninguna atención a lo que hacían. Y ellos aprovecharon su sueño para atarlo con miles y miles de hilos delgados. Al despertar ya no podía moverse, tan sólo unos hilos insignificantes lo habían vencido.

Es cosa que espanta el ver cómo muchos jóvenes, que en sus tiernos años inspiraron las más risueñas esperanzas, se desviaron más tarde y marcharon por el camino del pecado, porque empezaron a descuidarse en las cosas pequeñas. Las pequeñeces también tienen importancia.

Cuando veo la mesa de trabajo o la habitación de algunos estudiantes, muchas veces pienso para mis adentros: «¡Dios mío! Si habrá el mismo desorden en el alma de este joven... Un cepillo para los zapatos, el diccionario, una pelota de fútbol, botones rotos, una regla, un mendrugo de pan, papeles... todo en desorden, esparcido por la mesa».

Pon orden en tu mesa, en tu armario, en tu cuarto. El orden exterior no es tan sólo manifestación de la armonía íntima, sino también eficaz instrumento para llegar a ella; quien siempre tiene orden en sus cosas ordenará con más facilidad sus pensamientos. Pon orden, y el orden te guardará.



Además, has de tener orden, porque sólo el hombre ordenado sabe ser puntual, mientras que el desordenado pierde mucho tiempo en buscar las cosas, y después, en la vida, también llegará siempre tarde a todas partes. ¿No conoces jóvenes que diez minutos antes de las clases buscan afanosos su cuaderno de clase? Revuelven todo el cuarto; en vano. No está. Ha desaparecido. Por fin, lo descubren debajo de la mesa, junto a la caja de betún. Pero sólo faltan cinco minutos para empezar la clase. Corren... llegan tarde... se les pone falta... por desorden.

Y aquí, sin embargo, no se trata más que de llegar tarde al centro educativo, pero cuando lleguen tarde a sus oficinas y se olviden de asuntos importantes...

¡Y aquellos cuadernos desordenados, llenos de garabatos y manchas de tinta! Cuando se revisan los libros de comerciantes declarados en quiebra se halla, en la mayoría de los casos, que no llevan en orden y de forma sistemática su contabilidad.

Cuidado, joven, con los hilos de las malas costumbres, de las pequeñas negligencias, no vayan a maniar tu personalidad.

Pon orden en las cosas más insignificantes. Que tu cajón esté ordenado; que apuntes estén al día y bien archivados; que en la mesa no haya otra cosa que lo necesario para el estudio o lo que sirve de adorno; que cada libro, cada cuaderno, cada cosa tenga su puesto acostumbrado, de suerte que puedas hallar cualquiera de estos objetos aun a oscuras.

Cuidate especialmente de los objetos prestados: libros, diccionarios, apuntes... No prestes a otro lo que te prestaron a ti, y no esperes que el dueño venga a pedirte que le devuelvas lo suyo.

El cerrojo roto

En una finca se deterioró el cerrojo de la puerta del corral. Habría podido arreglarse en varios minutos, pero «no tiene importancia», pensó el granjero. Naturalmente, día tras día iban escapándose los animales, hoy un pollo, otro día un pato. Un día llegó a huir el cerdo. «¡Ay! ¡Esto ya no se puede aguantar!» Toda la familia se puso a coger al cerdo. El padre, al descubrirlo, no le faltaba para cogerlo más que saltar una zanja. Pero tropezó al saltar y se rompió una pierna. La madre, al volver de la caza del cerdo, vio con espanto que la ropa que había colgado cerca del horno para que se secase se había quemado. He aquí cuánto el daño que causó el cerrojo descuidado, que se habría podido arreglar rápidamente.

Algunas veces, la cosa más insignificante adquiere importancia decisiva. ¡Qué cosa tan insignificante que el alga marina que se pega al costado de los buques! Y, sin embargo, Cristóbal Colón, en el momento en que la tripulación empezó a rebelarse después del largo viaje aparentemente sin resultado, se aprovechó de ese detalle insignificante. Para animarles a continuar el viaje les dijo: «Mirad, ya están aquí las algas; debe estar cerca la tierra.»

Observa a los grandes compositores. ¡Cuánto han de estudiar, día tras día, para dominar técnicamente las dificultades más pequeñas! Francisco Listz dijo: «Si no hago ejercicio un día, lo noto yo; si lo omito durante tres días, entonces lo nota el público.»

Quien domina las cosas pequeñas es señor también de las grandes. ¿Cómo podrá lanzarse a una empresa grande quien no se preocupa de las pequeñas? Lo dice el mismo Jesucristo: «Quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho» (Lu 16, 10).

*Si no hago ejercicio
un día, lo noto yo; si
lo omito durante tres
días, entonces lo
nota el público.
(Francisco Listz)*



Del criminal que meten en la cárcel, no podía figurarse la madre, cuando lo mecía en sus brazos de niño, que acabaría así su vida. El camino del delirium tremens empieza con la primera copa de alcohol. Comprendes

ahora la frase de San Agustín: «Lo pequeño es pequeño, pero ser fiel en lo pequeño es cosa grande.»

El espíritu observador

El ojo tan sólo ve; el espíritu, además, observa. El espíritu observador no es únicamente una cualidad necesaria de los pilotos, sino de todos los que navegan por los mares de la vida.

Gracias a la observación, los indios llegan a rastrear muchas cosas por unas huellas casi imperceptibles; los antiguos astrólogos árabes, sin telescopio, descubrieron el curso de los astros; los pintores chinos supieron dar vida con admirable fidelidad en sus cuadros a todos las sútiles acrobacias del pájaro. Tenían un finísimo espíritu de observación.

La observación aguda ha proporcionado los descubrimientos más importantes de la Humanidad.

¡Cuántos fueron los que antes de Newton vieron caer una manzana del árbol! ¡Y él fue el único que meditó este hecho sencillo, tan profundamente que llegó a descubrir la ley de la gravedad!

¡Cuántos habían visto cómo sale el vapor de la cafetera! Y, sin embargo, sólo Papín se puso a meditarlo hasta el punto de descubrir la máquina de vapor.

Röntgen encontró una placa deteriorada en su máquina fotográfica. ¿La tiró enfadado? No. Empezó a meditar cómo pudo la luz llegar a la placa tapada. Y descubrió los rayos X, que atraviesan los cuerpos consistentes.

El capitán Brown no pensaba sino en el modo de hacer un puente sobre el río Tweed con la mayor economía. Un día, paseándose por su jardín, y sin dejar de pensar en ello, notó una sutil telaraña que se extendía de un arbusto a otro. Ahí está. Ya lo tengo. ¿No habría manera de hacer con barras de hierro y con cadenas un puente de semejante estructura? Y no pasó mucho tiempo para que se construyera el primer puente sostenido por cadenas, el puente colgante.

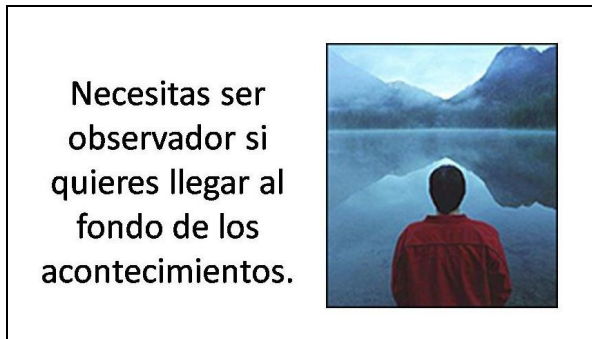
¿Y sabes cómo descubrió Galileo la ley del péndulo? En la cúpula de la catedral de Pisa puso el sacristán aceite en la lámpara del Sagrario, suspendida del elevadísimo techo con una cuerda. ¡Cuántas veces se había repetido este hecho al correr de los siglos, y cuántos hombres lo habían visto! Y, no obstante, fue el entendimiento perspicaz, el gran espíritu observador de Galileo, quien meditó por primera vez los movimientos regulares, de un lado al otro, de la lámpara. A base de este fenómeno insignificante empezó a rumiar el hecho, y, después de una labor fatigosa de cincuenta años, descubrió la ley del péndulo y pudo perfeccionar su instrumento, que juega un papel importante en la medida del tiempo y en los cálculos astronómicos.

Ejercítate, pues, en ser observador. Te podrán ayudar los siguientes ejercicios.

Un ejercicio consiste en colocar un gran montón de objetos, unos treinta o cuarenta, previamente en desorden, sobre la mesa; los muchachos no

pueden mirar más que un momento la mesa y después, vueltos de espaldas, han de decir todo lo que hay en ella.

Otro ejercicio consiste en lo siguiente: después de haber presenciado un acontecimiento, trata de describirlo.



Ejercítate con la Naturaleza. ¡Qué magníficos e interesantes descubrimientos se pueden hacer! Cómo la ardilla rompe la nuez; de qué modo comen el perro y el gato, el ganso, los polluelos; cómo el ave de rapiña destroza su víctima; cómo se arrastra el caracol, la serpiente, el gusano, etc. Cuántas veces habrás visto un caballo al paso, al trote, al galope; y apuesto que no sabrías explicar los diferentes movimientos de las patas que acontecen en las distintas marchas.

Quien no se sorprende por las cosas, inútil que viaje por el mundo entero, de nada le servirá, porque no es observador. Mira, pero no ve. En cambio, quien sabe observar con mirada penetrante, ése llegará al fondo de los acontecimientos, descubrirá el reverso de la medalla.

Pon entusiasmo en tu trabajo

Un medio extraordinario en la escuela de la voluntad es el trabajo, el deber diario cumplido con alegría.

El trabajo, para el sentir de los paganos, era algo degradante, indigno de un hombre libre. Fue el Cristianismo quien consideró al trabajo como un medio que ennoblece al hombre. El trabajo fortalece la voluntad porque exige dominio de sí mismo, abnegación, perseverancia. Y quien tiene una voluntad fuerte, sabe dominarse, y por tanto, sabe guiar sus instintos hacia el bien integral de la persona.

Trázate un plan minucioso para la tarde: si al llegar al estudio te vienen ganas de tumbarte en el sofá, de salir con tus amigos, no vaciles. Lo primero es el cumplimiento de tu deber. Coge con alegría el libro. Échale alma y vida. El deber cumplido con entusiasmo tiene gran fuerza educadora de la voluntad.

Pero tan sólo es el trabajo verdadero el que educa el alma, y no el hábito de matar el tiempo. Tan sólo el trabajo que triunfa del capricho, de la inconstancia y comodidad.

El trabajo bien
hecho es un
medio
excelente para
fortalecer la
voluntad



¿Sabes qué es lo que me admira al visitar una catedral medieval? Este pensamiento: los antiguos, pintores, arquitectos, escultores, dieron lo mejor de su trabajo, concentraron todas sus fuerzas y las invirtieron en sus obras. ¿Y hoy día? El trabajo de los hombres es muchas veces tan rápido, precipitado, superficial, que parece un trabajo de mercenario.

Sentirás profunda satisfacción si haces con entusiasmo, con todo el corazón, el trabajo más insignificante. Lo importante no es la importancia del trabajo que haces, sino la disposición con que lo realizas. Lo que vale la pena hacer, merece que se haga bien, y lo que no se está dispuesto a hacer a conciencia es preferible que ni siquiera se empiece.

Un amigo fue a visitar a Miguel Angel, y se quedó maravillado de que todavía estuviese haciendo la misma obra.

— Su trabajo no adelanta nada —le dijo.

— ¿Cómo que no? He corregido ya mucho; aquí he quitado algo, allí he perfeccionado una arruga; he dado más suavidad a esta línea, he procurado dar más expresión a aquella boca.

— Pero todas estas cosas son pequeñeces —proseguía, maravillado, el visitante.

— Sí, lo son —le contestó el maestro—. Pero las pequeñeces hacen lo perfecto, y la perfección no es pequeñez.

Cuando pasé por Milán subí al techo de la catedral, ese templo soberanamente hermoso. Toda la iglesia está construida de mármol blanco deslumbrante; hasta en el techo se levantan innumerables torrecitas de mármol, y los nichos de las torres también están llenos de estatuas marmóreas de santos, a cual más hermosa. Mientras duraba la construcción dijo alguien al escultor, que trabajaba con gran celo: «Pero ¡tanto trabajo! Desde abajo nadie verá las estatuas. ¿Para qué tanta fatiga?»

— Desde abajo, nadie —contestó el artista—; pero Dios lo ve.

Dios ve mi trabajo y esto me basta. El trabajo hecho sin entusiasmo, sin alma, refunfuñando, es peor que la completa inactividad, pues te engaña, haciéndote creer que trabajas mucho.

Dios ve mi trabajo y esto me basta



De la misma materia en que el artista esculpe una estatua maravillosa, el chapucero no sabe sino moldear una caricatura. De la misma manera podemos trabajar con entusiasmo y, mediante él, pulir nuestro carácter, mientras que otros permanecen esclavos y gimen con cara entristecida bajo el yugo de su estado de ánimo.

El hombre nació para el trabajo y, ya que no hay más remedio que trabajar, por lo menos trabajaré de buena gana.

Hazlo bien

En una antigua iglesia hay una interesante pintura que representa los diferentes estados de la vida. Allí está el Papa revestido con los ornamentos de gran solemnidad, y debajo se leen estas palabras: «Yo os enseño a todos.»

Allí está el emperador, con una corona en las sienes, con un cetro en la mano, y debajo se lee esta inscripción: «Yo os gobierno a todos.»

Allí está el general con la espada en la mano, y dice: «Yo os defiendo a todos.»

El labrador abre un largo surco con el arado, y dice: «Yo os alimento a todos.»

En la parte inferior del cuadro se ve pintado el diablo, haciendo muecas y riéndose a carcajadas, y exclama: «Y yo os llevaré a todos si no cumplís vuestro deber.»

¡Qué profundo significado encierra este cuadro! Que en esta tierra seas emperador o labriego, es indiferente; pero has de cumplir tu deber. La vida terrena es el gran teatro en que Dios distribuye a todos el papel que han de desempeñar. No depende de ti el papel que has de recibir, pero sí está completamente en tu mano el modo cómo lo representes.

En una representación teatral lo importante no es el papel que has de hacer, sino el cómo. Quien tiene el papel de emperador, quizá sea acogido con silbidos por no hacerlo bien. En cambio, se aplaude a un aprendiz de zapatero remendón porque hizo con maestría lo que le tocaba hacer.

Con tristeza oigo a cada paso en boca de los estudiantes: «No sé qué carrera coger. Están todas tan concurridas» No te asustes, todavía en todas las carreras hacen gran falta hombres diligentes que cumplan a conciencia con su deber.

**En todas las carreras
se necesitan hombres
responsables y
diligentes**



Hoy no estoy de buen humor

El estudio y el éxito dependen, en primer lugar, de la voluntad y no del humor. Sin embargo, ¡cuántos jóvenes se disculpan con que: «Hoy no puedo estudiar; no tengo humor adecuado. No tengo ganas. Lo dejaré para mañana.» Hay jóvenes que para estudiar esperan siempre que a estar de «buen humor», a tener ganas. Y sin embargo quien ha emprendido el trabajo tiene ya hecha la mitad.

Nelson, el famoso almirante inglés, murió con estas palabras: «Gracias a Dios he cumplido con mi deber.» Ojala puedas decir un día lo mismo de ti mismo. Pero no esperes a tener ganas para conseguirlo.

Muchos jóvenes se quejan de que «no tienen suerte», de que el profesor «les tiene inquina», de que «todo les sale mal»; y sin embargo, en la mayoría de los casos no se trata más que de un solo defecto: en estos muchachos lo primero son las diversiones; siguen después muchas cosas, y allá muy atrás está su deber.

No estamos en esta tierra para ser felices, sino para cumplir todo cuanto Dios espera de nosotros. «Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Juan 4, 34), dijo de sí mismo el Redentor del mundo y así deberíamos repetir todos.

El Señor le dio al hombre la libertad, y el hombre puede oponer esta libertad a la voluntad de Dios: he aquí el pecado.

Hazte un plan

Quien no trabaja no puede ser feliz. El trabajo es, además, garantía de salud corporal. Si el arado yace abandonado en un rincón, se oxida; en cambio, si se usa, recobra el brillo. También el hombre holgazán llega a cubrirse de moho, mientras que en los ojos del hombre trabajador brilla la alegría.

«¡Pero... si no me gusta trabajar! ¡Si es tan antipática esta lección!» Lo mismo da. La cuestión es lanzarse de una vez al trabajo, hacerlo con entusiasmo. Verás cómo superas el desaliento inicial.

Has de tener orden en el estudio. «Guarda el orden y el orden te guardará», decían los antiguos. El deber cumplido con orden tiene doble valor; en cambio, el trabajo a capricho, desordenado, mal encaminado, es sencillamente perder el tiempo.

Haz todas las noches tu plan, tu horario, para el día siguiente, por lo menos a grandes rasgos. Y sítuelo firmemente.

Por ejemplo, a la una salgo de clase y vuelvo a casa; comida, descanso hasta las dos y media; lecciones hasta las cinco, juego, diversiones hasta las seis; música, hasta las siete; estudio de idiomas, cena, lectura, a las nueve de la noche; rezos, acostarse.

Y cuando toca estudiar, entonces a ello. Pero de veras, firmemente, por más que oigas una voz que te sunsurra al oído: «Déjalo para mañana, ya habrá tiempo»; y por mucho que el sol te invite a salir a la calle. No te dejes ablandar. Ahora lo principal es estudiar.

Verás cuánto te cunde el tiempo distribuyéndolo bien con orden.

Tiene razón el dicho inglés: «Quien se acuesta temprano y madruga, será sano, rico y sabio.»

Hazte un horario y verás
cuánto te cunde el tiempo



Había un estudiante que sistemáticamente llegaba tarde a todas partes. Ni por casualidad podía ser puntual. Sus maliciosos compañeros tuvieron una aguda ocurrencia: «Este muchacho nació cinco minutos más tarde de lo debido, y desde entonces no sabe recuperar estos cinco minutos de retraso.» Cuando ya fue un hombre no servía para nada, tenía una infinidad de disgustos en su oficina por sus continuos retrasos. ¿Y qué será de él si llega tarde al cielo? No muy tarde: ¡sólo unos cinco minutos!

Sé puntual

Propiamente, ¿qué es la puntualidad? Una cosa muy sencilla: Suspender un trabajo cuando se acaba su tiempo y emprender otro cuando llega su turno. Quien cumple esta regla sencilla desempeñará bien su oficio y lo hará todo a su tiempo.

La puntualidad empieza muy de mañana. Suena la hora de levantarse; por ejemplo, las seis de la mañana. Ya pasó el tiempo del descanso y saltas heroicamente de la cama. Si lo haces al instante, nunca tendrás que lamentarte: «No tuve tiempo para mis oraciones de la mañana. Llegué tarde al colegio.»

Sé, sobre todo, puntual a la hora de empezar el estudio, sin pensarlo dos veces.

Será siempre puntual el que sabe apreciar el tiempo. El que no se hace esperar da pruebas de tener en su justa estima el tiempo propio como el de los demás. No en vano dice el refrán: «La puntualidad es la cortesía de los reyes».

Es puntual el que sabe aprovechar el tiempo, pues aprecia su valor.

Cuando me detengo en las grandes bibliotecas ante las largas hileras formadas por las obras de un San Agustín, de un San Buenaventura, de un Santo Tomás de Aquino... me pongo a pensar: «¿Cómo tenían tiempo para escribir tantos libros, cuando algunos de ellos murieron relativamente jóvenes y tuvieron múltiples quehaceres, además de escribir?»

Me detengo, por ejemplo, ante los libros de Santo Tomás de Aquino: treinta y ocho grandes volúmenes en folio. ¿Cómo pudo escribir tanto un hombre que en total vivió cincuenta y dos años y, además, gastó mucho tiempo enseñando y predicando? Y hay que tener en cuenta que su producción literaria no está hecha de novelas, sino que trató las cuestiones más difíciles: Filosofía y Teología.

¿Cómo tuvieron tanto tiempo? Sencillamente, no perdían un momento de su vida.

¿Cómo tuvieron tanto tiempo para hacer tantas cosas? Sencillamente: eran puntuales y tenían un horario.



Y puedes observar lo contrario: justamente los que nada tienen que hacer suelen ser los que «no tienen tiempo» para el trabajo. El estudiante perezoso retrasa sus deberes para el último día, y aun más para el último minuto de ese día, y escribe por la noche el tema que ha de presentar al día siguiente.

Si un médico te diagnosticase que te quedan ocho días de vida, dime, ¿qué harías? ¿Cómo aprovecharías esa semana? ¿No habrías de rectificar muchas cosas? ¿No habrías de pedir perdón a muchos? ¿No tratarías de reparar tus pecados?

Miguel Angel fue un artista célebre del siglo XVI y creó obras maestras de una belleza insuperable. A pesar de ello mira cómo se queja, en edad ya avanzada, del tiempo que había perdido:

«¡Ay, ay de mí! ¡Cómo me engañaron los momentos fugaces! Me pasó el tiempo sin notarlo, y en breve me veré lleno de canas. El pensar es infructuoso; fracasa la buena intención. Pisando mis talones viene la muerte. No hay mal peor como el tiempo perdido.»

Medita qué breve es la vida y aprovecha el tiempo cuanto puedas. Recapacita en lo que dice Séneca: «Los hombres suelen pasar la mayor parte de su vida haciendo el mal, una gran parte no haciendo nada, y toda la vida en no hacer lo que deberían hacer.»

Aprovecharías más la vida si meditaras en lo rápido que se pasa.

El pasado ya se te escapó, el futuro aún no es tuyo; no tienes más que el momento presente; aprovéchalo, pues.

En rigor, lo único en el tiempo que podemos llamar nuestro es el instante presente.



«Mi señor pierde cada mañana una hora, y después ya no la encuentra en todo el día», dijo agudamente un criado de su dueño, que estaba desparezándose largo rato en la cama todas las mañanas.

«Vivió veinte años», leí en la tumba de un joven. «¡Qué poco tiempo vivió!», dice alguien a mi lado. ¿Poco tiempo? ¡Oh no! Si es que de veras «vivió veinte años», si encaminó su vida según la voluntad divina y aprovechó bien los momentos, ha podido vivir mucho en pocos años.

Descanso, no ocio

Naturalmente, también es necesario que descanses, que rehagas tus fuerzas y que suspendas un poco tu trabajo. El arco siempre tensado, pierde su fuerza, su fuerza de tensión. Pero el descanso ha de ser acumulación de fuerzas, y no tiempo perdido por pereza. Sólo descansa quien antes ha trabajado.

No es lo mismo descanso que inactividad



Los romanos solían poner esta inscripción a la entrada de su finca veraniega: «Para el descanso, no para el ocio.» Por tanto, el descanso nunca ha de ser para ti inactividad completa. Siempre tienes que buscar algún quehacer, sea cómo fuere.

Aunque no vivas en una hermosa región montañosa, esto no obsta que hagas excursiones agradables, que no sólo darán vigor a tu salud corporal sino refrigerio a tu alma. Dedícate a algún trabajo manual para ejercitar tu habilidad. Paseos, excursiones, trabajos manuales, lectura... son excelentes medio para disfrutar las vacaciones. Haz cualquier cosa con tal que no te aburras.

¿Cuándo cometen los hombres más maldades, crímenes, asesinatos, riñas? Cuando están ociosos, no durante el trabajo.

Tú también has podido experimentar en ti mismo que durante el curso, cuando estás abrumado de trabajo, te resulta mucho más fácil guardar tu alma de los malos pensamientos y del pecado, que durante las vacaciones, en que no tienes urgentes quehaceres.

La lengua alemana tiene la misma palabra para la expresión de «perezoso» y «podrido»; ambas son *faul*. Como si dijera: el alma que pasa su tiempo en la vagancia no deja de pudrirse sin remedio. *Never to be doing nothing*, fue la magnífica divisa de Walter Scott, «no estar jamás ocioso.»

Todos los estudiantes esperan rebosando de alegría las largas vacaciones de verano, y bien las merecen los que han trabajado seriamente todo el curso. Después de tanto estudiar, bien está soltar los libros, dormir algo más; pero nunca está bien pasar el rato en la cama despierto, entregado a la pereza. Porque sólo el cuerpo necesita descansar, el espíritu está siempre trabajando. Por tanto, si ya ha descansado el cuerpo no tienes porqué quedarte en la cama. No olvides nunca el excelente consejo que San Jerónimo dio al joven Nepociano: «El espíritu del mal ha de encontrarte siempre trabajando.» Si así lo haces no tendrás que temer al demonio.

Los cardos y malas hierbas no crecen en el jardín que se trabaja, sino en el terreno abandonado, en el barbecho.

¿Qué es lo más difícil en el mundo?

Hay muchos estudiantes que saben enumerar sin equivocarse los nombres de los integrantes de sus equipos de fútbol favoritos, pero apenas

conocen los valores escondidos en su alma ni tienen idea de las pasiones que se desencadenan en su interior.

El pagano Pitágoras encargó con solicitud a sus discípulos que dos veces al día, a la mañana y a la tarde, se dirigieran estas tres preguntas: «¿Qué he comido? ¿Cómo he comido? ¿He cumplido todo lo que había de hacer?»

Sextio se hacía las siguientes preguntas cada noche: «¿Qué defectos has vencido hoy? ¿En qué te has enmendado hoy?»

El pagano Séneca escribió lo siguiente: «Tengo el hábito de examinarme cada día. Por la noche, al apagar las luces, repaso el día, y pongo en la balanza todas mis palabras y todas mis obras.»

Sólo quien se conoce puede mandarse a sí mismo, y ser dueño de sí. El maquinista sólo domina la locomotora si la conoce hasta el último tornillo; sabe cómo han de manejarse las válvulas, etc.

Pero ¿sabes por qué no les gusta a los hombres hacer una inspección de su propia alma? Temen el espectáculo de ver sus múltiples defectos y egoísmos. Quizá tú también te hayas encontrado en semejante caso. Hiciste, hablaste cosas, por las cuales los hombres te felicitaron; sin embargo, si hubieras pensado sinceramente, habrías visto que esto lo dijiste por vanidad y aquello lo hiciste por egoísmo u obstinación.

«¡En vano; no tengo suerte!», dice un joven después del suspenso. Sin embargo, si hablara con sinceridad, diría: «No estudio lo suficiente.»

«En casa siempre me hacen rabiar», dice otro. Tendría que decir: «Otra vez no seré tan insoportable y caprichoso.»

Preguntaron a un sabio griego, Tales, qué era la cosa más difícil en el mundo. El sabio contestó: «La cosa más difícil es conocernos a nosotros mismos; la más fácil es hablar mal de los demás.»

Sólo quien se conoce puede mandarse a sí mismo, y ser dueño de sí



Y es que, además, quien no conoce su propia alma culpa con facilidad a los otros.

Pregúntate a menudo:

— ¿Cómo es, en realidad, mi temperamento?

— ¿Cuáles son mis anhelos? A los otros les gusta tal libro, tal canto, tal música, ¿y a mí?

— ¿Cuáles son mis ocupaciones favoritas? ¿Merece la pena gastar en ellas tanto tiempo y dinero?

— ¿Para qué me creó Dios? Él a cada uno señala un fin; ¿qué fin me señalo a mí?

— ¿Qué cualidades especiales puso en mí?

— ¿Qué es lo que más me gusta?

— ¿Qué es lo que siempre me sale mejor?

— ¿Qué hago para acrecentar las cualidades más sobresalientes en mí?

— ¿Cuántos defectos tengo? ¿Tantos? ¿Y de mí dependen que disminuyan?

Dime a quién admiras y qué es lo que más te entusiasma, y te diré quién eres.

Si admiras al rico, eres un joven de pensar materialista.

Si quieres codearte con los poderosos, eres ambicioso.

Si tu ideal es el hombre honrado, el hombre de carácter, estás en camino de serlo.

Así verás que el joven que con frecuencia se hace semejantes preguntas en su interior, poco a poco, por un lento trabajo, llegará a conocerse y a mejorar. Esto también le servirá para escoger la carrera que mejor le convenga.

Al final del día

Antes de acostarte haz una pausa en la noche, y tras tus oraciones, recorre con el pensamiento el día y pregúntate: ¿Está todo en orden?

¿Qué he hecho hoy?

¿Qué he omitido de lo que debía hacer?

¿Lo he hecho todo bien?

Y si descubres que has faltado en esto o en aquello, has sido negligente, has pecado, levanta tus ojos a Jesús crucificado: «Señor, he pecado. Perdóname. Mañana será otro día.»

Benjamín Franklin, el inventor del pararrayos, procuraba con seriedad extirpar el más leve defecto de su alma. Bien sabía que poderío tienen las cosas pequeñas sobre nosotros, y por esto hizo un tablero especial, en que llevaba cuenta cada noche de las obras que había hecho durante el día: se alegraba de sus victorias y deploraba sus defectos. Se examinaba cada noche de estas trece virtudes: moderación, silencio (evitar las palabras ociosas), orden, decisión, economía, diligencia, sinceridad, justicia, sobriedad, pureza, tranquilidad de espíritu, educación y humildad.

«He anhelado vivir —escribe de sí mismo— de manera que no cometa falta alguna; me he propuesto luchar contra toda mezquindad... ¡Por qué no voy a ser capaz de obrar el bien y evitar el mal!»

Era muy exigente consigo mismo; anotaba cada día de la semana en su tablero con una cruz si había faltado a alguna de estas trece virtudes.

¿No podrías tú también durante algunos años poner en práctica este modo excelente de formación?

Ni que decir tiene que has de ser inexorablemente sincero contigo mismo. A nadie puedo engañar tan fácilmente como a mí mismo.

**A nadie puedo
engañar tan
fácilmente como a
mí mismo.**



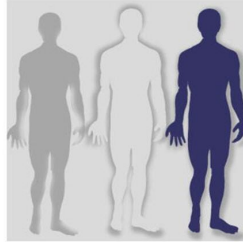
Si te atreves a ser sincero contigo mismo, en más de una ocasión deberás pensar como pensó Franklin después de un serio examen de conciencia: «Vi espantado que tengo muchos más defectos de los que me creía; pero, por lo menos, tuve la satisfacción de ver que van disminuyendo. Muchas veces me vi tentado de dejar el examen de conciencia; me parecía que la puntualidad que me exigía a mí mismo era demasiado meticulosa. No obstante, proseguí el ejercicio. Y aunque nunca haya llegado a la perfección completa, de la que he estado bastante lejos, me sirvió este empeño para mejorar como hombre y para ser más feliz de lo que hubiera sido sin él.»

Tú también te notarás muchos defectos: te enfadas demasiado, te dejas llevar de la pereza, del orgullo... No te tranquilices ante esos defectos diciendo: «Es mi temperamento. Soy así. No hay manera de cambiarlo.»

¡Poco a poco! Precisamente aquí empieza el trabajo de la educación. No se puede suprimir la naturaleza, mutilarla con violencia; pero sí se la puede ennoblecer, levantar, es decir, se la puede educar. Podemos ejercitarnos en las virtudes que se oponen a nuestros defectos, y de esta suerte poner orden en nuestras inclinaciones instintivas y desordenadas.

Sigue una cierta prioridad: en primer lugar, lucha contra las faltas que conscientemente y libremente sueles cometer, contra las que protesta enérgicamente tu conciencia. Si ya las has puesto en orden, lucha contra las precipitaciones y descuidos más pequeños, contra las debilidades más insignificantes.

No se puede
suprimir la
naturaleza, pero sí
se la puede
ennoblecer,
levantar, educar...



No te contentes con contestar a la pregunta: «¿Qué pecados he cometido hoy?» Gracias a Dios, muchos jóvenes viven meses y meses sin ningún pecado grave. Hazte también preguntas de este género:

— ¿Cómo he podido ser tan bruto, que por respeto humano haya hablado tan mal de mi amigo?

— ¿Cómo he podido ser tan cobarde, que por miedo a una sonrisa irónica no haya sido coherente con mi fe o valores morales?

— ¿Qué obras buenas he dejado de practicar que hubiera podido hacer hoy?

— ¿En qué hubiera podido ser más noble, más puntual, más educado, más abnegado, más comprensivo?

— ¿He hecho algo para difundir el reino de Dios, ya sea en mi propia alma o en la de otros?

Y así sucesivamente. En muchas de estas cosas ni siquiera suele haber pecado, pero cabe muy bien la imperfección, que puede destruir la armonía de tu alma.

No temas bajar al fondo de tu espíritu, aunque tuvieras que descubrir en sus profundidades un montón de inmundicia. Cuántas más veces dirijas a tu alma el reflector del examen de conciencia más fácilmente la limpiaras.

Descubrir la raíz

El buen examen de conciencia diario no consiste tan sólo en echar cuentas sobre las obras del día, sino en procurar descubrir la *raíz* de cada falta. No sólo determino el mal, sino procuro dar también contestación a esta pregunta: ¿Cuál ha podido ser la causa de esta falta? Hay que encontrar las raíces y destruirlas.

Y en estas ocasiones encontrarás cosas interesantes.

«Hoy me he enfadado muchas veces. ¿Por qué? Una vez porque no gustaba algo en la comida y he tenido que comerla a pesar de todo; después porque me han estropeado el juego de la tarde, obligándome a estudiar; otra vez porque no encontré el diccionario y en vano he revuelto todos mis libros buscándolo.»

¿De qué te arrepentirás en esta ocasión?

¿Y qué es lo que te propondrás? Ir con cuidado; pero ¿en qué cosas? ¿En el enfado? No. Sino en no ser demasiado comodón y dado al regalo. Ésta es la raíz del defecto, la que se ha de extirpar.

«Hoy me he enfadado muchas veces.» ¿Por qué? Porque un compañero se rió de mí cuando no supe contestar a las preguntas del profesor. ¿De qué tendrás que arrepentirte? ¿Del enfado? No. Sino de ser demasiado vanidoso y perezoso.

Y así sucesivamente con todos tus defectos. Trata siempre de descubrir la causa, la raíz del mal.

Trata siempre de descubrir la causa, la raíz del mal, para poder darle solución.



Para algunos jóvenes la dificultad consiste en que quieren hacerlo todo de repente. El carácter no se hace en un día. Estarían muy dispuestos a decir con un arranque generoso: «¡De hoy en adelante quiero ser joven de carácter!» Sin embargo, en esto de nada sirven los grandes arranques, aquí sólo cuentan las pequeñas victorias de cada día.

Aún será más provechoso tu examen de conciencia si después de descubrir la raíz de tus faltas escoges tu defecto dominante y luchas principalmente contra él durante algunos meses.

Importa saber: ¿cuál es tu defecto dominante?

¿Recuerdas qué gritó Goliat al campamento hebreo? *Escoged entre vosotros alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo. Si tuviese valor para pelear conmigo y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo lo ganare y lo matare, vosotros seréis los esclavos, y nos serviréis.*» (I Reyes 17, 8—9) Pues bien, tu defecto dominante viene a ser una especie de Goliat. Si lo vences, la batalla la tienes prácticamente ganada.

Tu defecto dominante es el Goliat con quien tienes que luchar. Si lo vences, prácticamente has ganado la batalla.



Cada joven tiene un defecto capital, del que provienen después todas su debilidades. El uno tiene un temperamento colérico; el otro miente con facilidad o, por lo menos, exagera y «recarga las tintas»; un tercero es terriblemente comodón y perezoso; el cuarto se inclina demasiado al sensualismo, etc.

Declara la guerra a tu defecto capital. ¡Pero una declaración categórica! ¡Inexorable! Párate cada mañana en tus oraciones, y si, por ejemplo, has de luchar contra la ira precipitada, piensa de un modo concreto (basta algunos minutos) las ocasiones que pueden presentarse durante el día en que te dejes llevar de la ira: en el centro educativo, en los descansos, durante el juego, en casa. Después, haz el firme propósito: «Venga lo que viniere, quiero pasar el día sin encolerizarme, sin dejarme llevar de la ira. Dios mío, ayúdame a ello.»

Durante el día procura repetir tu noble decisión de la mañana. Por la noche, durante tu examen de conciencia, examínate: ¿Has cumplido tu propósito? ¿No lo has logrado? Pues mañana he de ser más fuerte. ¿Lo has logrado? Con alegría da gracias a Nuestro Señor Jesucristo.

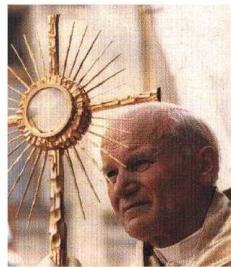
En algunos conventos está vigente la costumbre de examinarse la conciencia mutuamente. Los religiosos se reúnen ciertos días y cada uno de ellos va enumerando los defectos que ha notado en los demás. Si tienes un amigo de confianza, puedes aprovechar este medio, indudablemente muy eficaz, de autoeducación. El ojo avizor de otro descubrirá tal vez manchas donde nuestro amor propio todo lo ve cubierto de nieve blanca. Alégrate si tienes un amigo que con amor sincero te avisa de tus defectos.

A los pies del Señor

Mi libro va acercándose a su término y te sorprenderá acaso que, después de exponerte todos mis pensamientos respecto a la formación del carácter, haya dejado para el final el medio más importante: la imitación de Nuestro Señor Jesucristo, modelo sublime de todo carácter humano.

Sólo el que tiene su alma en Dios, y sobre Él edifica toda su vida, puede adquirir un carácter realmente firme.

**No hay mejor medio
para formar el
carácter que la
oración, que la vida
de unión con Cristo.**



El ala más vigorosa de la voluntad es la oración, y el medio que más forma tu carácter es la vida de fe. Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida, y después, para verlo y gozarlo en la otra.

Tanto más adelantarás en el camino de tu formación integral cuanto más te acerques día tras día a la semejanza del ideal sublime de todo carácter... a Nuestro Señor Jesucristo.

«**Gaudeamus igitur**»

Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus. «Alegremonos mientras somos jóvenes», dice la antigua canción de los universitarios. Y tiene razón. La alegría pura es un medio para fortalecer la voluntad, es una fuente de vigor. Lo que hagas con alegría te resultará más fácil.

Pero acuérdate que la juventud pasa como la flor o el viento. Aprovecha la juventud para cumplir lo que Dios quiere de ti. No te desalientes: «Hasta el justo cae siete veces al día», y los jóvenes también caen muchas veces, resbalan y tropiezan. Ahora, todavía puedes escoger lo que será tu vida. ¿Qué quieres ser? No me refiero a si serás médico o comerciante, ingeniero o sacerdote, abogado o industrial. Adonde quiera que vayas, en cualquier dirección que te empujen tus inclinaciones, tu vocación, las circunstancias, para la sociedad casi viene a ser igual. Pero lo que no es igual es que adonde quiera que vayas, allí seas un hombre integro, un joven de carácter que sepa cumplir con su deber, para que al final de tu vida estés contento con la obra que Dios ha hecho en ti, si tú le dejas.

¿Puedo escoger?

Pues bien: escojo.

Quiero ser “joven de carácter”. Quiero vivir de suerte que mis acciones, palabras y pensamientos den gloria a Dios, en agradecimiento al infinito amor que Jesucristo me tiene. Él se puso de mi lado muriendo en la cruz por mí, para salvarme. ¡Sí! ¡Yo también me pongo de su lado y nunca le seré infiel! ¡NUNCA! ¡NUNCA!

Quiero vivir de suerte que
mis acciones, palabras y
pensamientos den gloria a
Dios, en agradecimiento al
infinito amor que
Jesucristo me tiene

